

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 54 - Abril de 2014 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



8

La mujer
anaconda

10

El único peligro
es que te quieras
quedar

12

Raponazos en el
gallinero

16

La primera
floración

18

Te hablo desde
la prisión

20

Reportero sin
rostro

24

Gramalote



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora
– Guillermo Cardona
– Alfonso Buitrago
– David E. Guzmán
– Andrés Delgado

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DIRECTOR COMERCIAL

– Alejandro López

comercial@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– María Isabel Naranjo

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 54 - Abril 2014

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Recorte y pague



Faltan pocas semanas para las elecciones presidenciales y ya es claro que esta vez no habrá ola ni debates ni ideas. Las noticias de los últimos días sobre la campaña hablan del regreso de un estilista venezolano al que llaman J.J. Rendón, de unas encuestas falsas que animan al Centro Democrático contra los escrutinios indeseados, y del humor de Marta Lucía Ramírez que se remangó con jabón de barra en un aviso contra la corrupción. Pacheco Santos pronostica el desastre sin el valor para pronunciar la palabra “hecatombe”, y las Farc dicen que los gobiernos pasan y los “procesos” quedan.

Los candidatos solo se miran a sí mismos y las comparaciones quedan limitadas a las encuestas. Trabajan los grupos estratégicos y se adormece la opinión pública. Hace cuatro años un profesor silencioso y confundido logró desatar una supuesta avalancha. Hoy, la opción de los aburridos, los desentendidos, los desencantados y los abstencionistas es el voto en blanco. Una quimera reluciente. El péndulo entre guerra y paz que ha elegido presidente en los últimos años, sea por la silla vacía o la silla de montar, ahora es el fantasma de una posibilidad. Y los grandes conflictos del agro, la salud, la justicia y la educación pasan por debates que se surten lejos de los presidenciables. Además, como un castigo del infierno que les pertenece, cuando parecía que iban a ser protagonistas se murió García Márquez y les robo una semana. Después, un tribunal de restitución de tierras le devolvió el balcón a Petro y alcaldía de Bogotá mata presidencia.

Ahora más que nunca serán más importantes los coordinadores logísticos que los programáticos, eso quiere decir que es más relevante el encargado de contratar los buses para el 25 de mayo, que quien traza la política de transporte urbano para lidiar un Transmilenio desbordado en Bogotá y siete quebrados en las demás capitales. Lo ideal es que la elección de Congreso se pareciera cada vez más a la presidencial: más sencilla, más libre, menos prometedora para las primas y los sobrinos. Una elección aunque no soberana, despreocupada de la urgencia. Pero según parece los congresistas, los diputados, los gobernadores, los alcaldes y los concejales serán los animadores de las presidenciales. Y lo harán entre las sillas Rimax de los directorios. Por eso en la campaña de Santos se burlan de la de Peñalosa, que anda en bicicleta y no ha contratado un solo bicitaxista. Y se ríen en silencio de Uribe que volvió a la lucha contra “la corrupción y la politiquería”.

La apatía desbordante tiene explicaciones suficientes en las duplas del tarjetón: Lo más emocionante de la campaña de Oscar Iván fueron los recitales poéticos de Uribe. Por lo demás las “zetas” de ese zorro de Pensilvania inducen al sueño. Los estrategas todavía deciden si él debe acompañar a Uribe sus correrías o si Uribe debe acompañarlo a él. Ni Oscar ni Iván ni Zuluaga saben ponerse bravos, entre los tres no logran convocar a Telecafé y sus propuestas no las comenta ni Juan Lozano. No vende el zorro que sigue a pie juntillas al pastor.

Marta Lucía no ha logrado salir de precandidata. Hasta hace unos días libraba más una pelea con los directorios del conservatismo que una batalla por la presidencia. Su papel fue sobre todo el de quien crea un cisma entre barones regionales, caminadores de concejos y congresistas de escalinata. Será la última con un agravante: no nos ha hecho reír tanto como Noemí hace cuatro años.

Peñalosa es un ciclista solitario, de esos que salen del lote desde el comienzo de la etapa y luchan contra el viento de cara durante horas, siempre mirando más hacia atrás que hacia adelante. En los últimos días lo más resonante de su campaña fue una gresca de repartidores de volantes y policías bachilleres. Y la escasez de los avales partidarios lo llevó a tener alianzas con sus enemigos naturales. Se le reconoce haber nombrado una amiga como fórmula vicepresidencial.

Clara López y Aida Abella caminan de gancho mientras repiten con menos vehemencia la cartilla del Moir de Robledo. Como muestra de las paradojas que traerá un supuesto acuerdo de paz, la candidata a vice, la mujer más a la izquierda de la democracia legal, estuvo cerca de ser asesinada por el ELN. Petro les ha robado las marchas y algo del descontento espontáneo, ahora dependen de la dignidad papeira. Además la gente recuerda el amarillo de Samuel Moreno.

Santos, a quien ahora llaman Juan Manuel, ha terminado a la sombra de Vargas Lleras. No tanto por desproporción entre los jefes como en el caso del Centro Democrático, si no por simple estrategia. El presidente oculta su carisma tras la garra de Germán Vargas. Santos solo tiene una gracia. El presupuesto. Pero su campaña sí ha tenido una revelación política, una figura renovadora que transmite propuestas y esperanzas, Tutina, la llaman en confianza.

La moña en Colorado

por DANIEL SÁENZ

Ilustración: Verónica Velásquez

Estoy en Washington D.C., no en el estado de Washington, tampoco en Colorado. Mi jíbalo no me contesta hace más de dos semanas. Por eso sigo buscando al menos un asomo de moño entre todos los tarritos, cajones y bolsillos de mis pantalones. Nada. ¿Tal vez en la chaqueta de cuero?... tampoco. Mierda. En Estados Unidos el privilegio de la legalización de la ganja es por ahora de dos estados lejanos a la capital, que juntos tienen solo 12.1 millones de habitantes, más o menos el tres por ciento de la población del país.

Ya pasé por chupar las pipas vacías hasta quemarme la garganta al inhalar candela. Ya tosí con arcadas por el sabor a madera con perfume de marihuana quemada. Pero no me animo a coger calle, esas del sureste de Washington D.C. donde viven los negros bajo la segregación invisible de las tasas de arriendo, y en las que todavía existen ollas a cielo abierto. Para este burro sazonado, la prudencia ante la posibilidad de terminar con la visa revocada o atracado es mayor que las ganas de echar humo.

Pero el aire colino de Washington y Colorado, que legalizaron la marihuana por referendo hace más de un año, se siente por todo el país. La ruta de ese pisquero, que no traba pero sí provoca, guía esta crónica verde y abstemia. Aunque arranca en la base del problema de las drogas –querer trabarse y tener que recurrir a un mercado ilegal–, sale en busca de los primeros balances del experimento en Colorado que lleva ya tres meses y medio, el único en el mundo hasta ahora ya que Washington y Uruguay aún no han arrancado con la venta regulada. Un experimento estatal que ha enfrentado a la Casa Blanca con la contradicción de ser el promotor mundial de la prohibición, mientras adentro tiene un humero de marihuana legal.

Colorado

No es casualidad que Colorado sea primero. En este reducto de blancos protestantes en las montañas rocosas fue donde, en 1970, Hunter Thompson, el maestro del periodismo Gonzo, se lanzó de Sheriff de Aspen con una plataforma de legalización total. Para tranquilizar a los votantes, Thompson hizo la promesa de que no comería mescalina durante su mandato si ganaba. Y no ganó, pero estuvo muy cerca. Su plataforma de campaña llamaba explícitamente a la regulación de la venta de todas las drogas, y proponía castigos públicos para los jíbalo “deshonestos” impuestos por la oficina del Sheriff.

Cuarenta y cuatro años después una onza de marihuana en Colorado, es decir veintiocho gramos de yerba de alta calidad, se vende a 411 dólares. Cerca del veinticinco por ciento del precio final representa impuestos para el estado. Cara. Casi un millón de pesos por lo que se consigue en una olla colombiana por veinte mil. Sin embargo, durante el primer mes, las cincuenta y pico de tiendas que lograron obtener su licencia facturaron más de catorce millones de dólares, lo que indica que vendieron casi una tonelada de yerba. Un estudio de la firma de inversiones Moody's reveló hace unos días que el estado de Colorado recibirá este año 98 millones de dólares en impuestos por la venta de marihuana recreativa, cuarenta por ciento más de lo proyectado. Además, el estudio económico proyecta que el mercado legal reducirá el tamaño del mercado negro de jíbalo y narcos, y le ahorrará dinero al estado en costos de policía.

¿Y qué de los resultados negativos de este nuevo mercado ilegal? En el 2012, mientras se debatía el referendo para legalizar la yerba, el Sheriff de uno de los condados de Colorado, David Weaver, advirtió que los ciudadanos solo podrían “esperar más crimen, más chicos usando marihuana, y ventas por todos lados”. La predicción parecían calcadas de la película de Louis Grasnier, *Reefer Madness* (Locura colina) que en 1936 marcó el estigma alrededor del uso de la marihuana en Estados Unidos. Un grupo de sanos y rectos estudiantes de secundaria son inducidos a fumar por malvados vendedores de yerba. Todo termina en tragedia con el homicidio de una de las chicas, intentos de violación, accidentes de tránsito y la vida arruinada del protagonista.

Otra es la historia de hoy en Denver, capital de Colorado. Las cifras sobre tasas de crimen en enero de 2014, cuando arrancó la venta de marihuana, comparadas con las de enero de 2013, muestran un descenso en casi todas las categorías de delitos. Los crímenes contra la propiedad, como robo y vandalismo, cayeron 14.6 por ciento; y los delitos violentos, homicidios y asaltos sexuales, 2.4 por ciento. Más que atribuir estos descensos a la legalización, los datos muestran que el experimento de la yerba no provocó el caos y la degradación que sus detractores proyectaban.

El dilema de la Casa Blanca

“Es un poco raro estar consiguiendo licencias estatales para cometer crímenes federales”, dice Mark Kleiman, el gurú de la regulación del *Cannabis*. Aunque este investigador de UCLA fue escogido por el estado de Washington para diseñar el sistema de regulación que entrará a funcionar en junio, no deja de señalar que la legalización estado por estado es la segunda peor alternativa del mundo, después de la prohibición.

Según Kleiman, en la medida que la legalización se vaya extendiendo a otros estados –ya se ve cerca en Alaska, California y Oregon– habrá un incentivo por

mantener los precios bajos con menos impuestos, para no fomentar un mercado negro de marihuana desde estados vecinos. Esos precios bajos, a su vez, significarán un mayor consumo problemático y un menor recaudo para tratarlo. Por eso es necesario un sistema federal de regulación, según Kleiman.

“Hay mucho pelo en esa política”, le dijo Obama a David Remnick sobre la legalización en su famosa entrevista en *The New Yorker*, donde soltó la frase sonada y sonora: “Lo veo como un mal hábito y un vicio no muy diferente a los cigarrillos que he fumado durante mi juventud y gran parte de mi vida adulta. No creo que sea más peligroso que el alcohol”. Para matizar su punto, Obama aclaró que no está de acuerdo con quienes ven en la legalización una “panacea” para todos los males sociales. De ahí el pelo que le crece a esa moña verde en dos estados. Por ahora, la Casa Blanca le ha rebotado la bola al Congreso en lo que se refiere a la contradicción flagrante entre leyes federales y leyes estatales. Y por los laditos, con iniciativas y mensajes importantes pero de bajo perfil, sobre todo a través del Departamento de Justicia, la primera presidencia de un hombre negro ha dado pasos claves para no torpedear estos experimentos.

La negrura de Obama

Aquí entra Eric Holder, el Fiscal General, también negro, y a través de quién, según me decía un activista de derechos civiles en Washington, Obama deja salir su negrura. Holder ha logrado a nivel federal acabar con algunas de las leyes más severas de sentencias automáticas por posesión y venta de drogas que durante años pusieron a cientos de miles de personas de color tras las rejas por vender un par de dosis de marihuana o crack. Y frente al tema de la legalización, el hombre que tiene que hacer valer la ley federal, anunció en agosto de 2013 que permitiría que las iniciativas estatales sigan adelante, siempre y cuando haya una legalización regulada dentro de los mismos estados que cumplan con ocho priori-

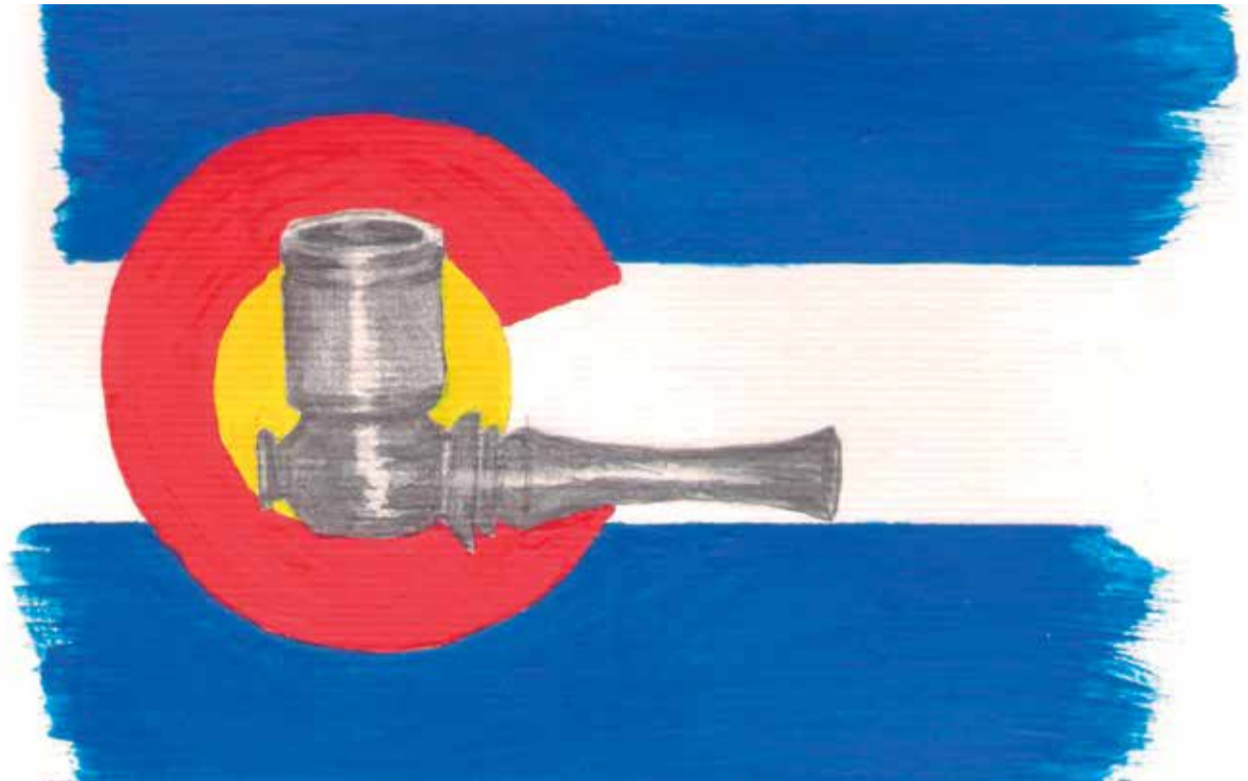
dades establecidas por los federales, como por ejemplo, que no se permita el consumo de menores o el lucro de cárteles en el nuevo negocio legal.

Por otro lado, Holder incluso les ha dado una mano a los empresarios de la moña. Como son negocios ilegales frente al gobierno federal, los dispensarios de marihuana médica y recreativa funcionan con efectivo porque ningún banco les recibe la plata. El temor de las instituciones financieras es terminar en un litigio por lavado de activos o recaudación de fondos ilegales. Esta disponibilidad de efectivo generó una ola de robos y asaltos en Colorado, que aumentaron un cincuenta por ciento en los últimos dos años, según cifras de la policía. Entonces, para aliviar parte del temor de los bancos a recibir plata verde, el Departamento de Justicia publicó en febrero de este año unas nuevas guías sobre cómo manejar los fondos de la nueva industria.

El cúmulo de estos pequeños pasos indica una visión cautelosa y amigable hacia la legalización de la marihuana desde Washington D.C. Y aunque no alivia el problema de fondo –la falta de un marco regulatorio nacional– al menos ha permitido que los humos de Colorado, y próximamente los del estado de Washington, vuelen libres y seduzcan al resto del país.

Según una encuesta de la famosa encuestadora Pew Research Center, hoy la proporción de estadounidenses que cree que el alcohol es más dañino que la marihuana es de 5 a 1. Incluso entre los grupos más conservadores, los republicanos y latinos, esta proporción es de 2 a 1 a favor de la baretta. Además, el 54 por ciento de la población está de acuerdo con la legalización de la marihuana. El tabú de la yerba se rompió en Estados Unidos, así solo sea legal en dos estados.

Si mi jíbalo nunca me contesta de nuevo, si en un rapto de honestidad y miedo decido no violar la ley de nuevo y nunca volver a comprar porro en el mercado negro, solo necesito un poco de paciencia; llegará pronto el día en que pueda comprar una yerba de excelente calidad al lado de la Casa Blanca. UC





Miguel Bustos

El 29 de abril de 1950 circuló el primer número del semanario *Crónica* en Barranquilla. Debajo de su nombre rotundo tenía un apellido cosmopolita y risueño: “Su mejor ‘Week – End’”. Era la época del Dorado en el fútbol colombiano, y los fundadores de la revista decidieron poner, alternados semana a semana, a jugadores del Junior y el Sporting como anzuelo de portada. Literatura y deporte eran las promesas de *Crónica* de modo que al lado de Heleno de Freitas podían alinear Borges y Felisberto Hernández. El director era Alfonso Fuenmayor y García Márquez, con apenas 23 años, figuró en la bandera como Jefe de Redacción. Una reseña de estilo judicial lo describe en el número dos del semanario: “Gabriel García Márquez, 23, de Sucre (Bolívar), soltero, también columnista de El Heraldo, cuentista con dos libros en preparación. Interprete de los cantos vallenatos de Rafael Escalona (*Honda herida*) y de Abel Antonio Villa (*El amor de Zoila*).”

Muchos años después frente al público de un lanzamiento de *El amor en los tiempos del cólera*, Fuenmayor habría de recordar el día que el mecanismo de *Crónica* se puso en marcha: “(...) caminábamos por la calle San Blas cuando Gabito me detuvo el brazo para decirme: ‘Estamos muy bien de grupo’. Ese grupo – fue una conclusión a la que llegamos sin esfuerzo Álvaro, Germán, Gabito y yo– necesitaba publicar un semanario”. Los nombres completos de los titulares mencionados son Álvaro Cepeda Samudio y Germán Vargas Cantillo.

El semanario tenía todas las características de una revista hecha con la sustancia de la escasez y el entusiasmo. Sus oficinas estaban en un segundo piso donde no cabía el consejo de redacción en pleno. Vargas Cantillo describió hace años

las instalaciones en el Edificio Amastha: “El mobiliario era muy reducido, lo mismo que las oficinas. Dos escritorios con sus respectivas sillas y una *chaise-longue* o diván de siquiatria, que servía para múltiples usos. Y un par de máquinas de escribir”. El encargado de las ventas era un exitoso y simpaticísimo vendedor de seguros “que nunca buscó o consiguió un aviso para el semanario”; y los diez centavos de cada revista de 16 páginas los recogían los mismos redactores, cambiándolos de una vez por cerveza en las tiendas donde se distribuía. Como es común en las capitales de provincia, la única pauta fija era la del Ron Colonial de la Fábrica de Licores del Atlántico. De modo que luego de catorce meses y 58 números *Crónica* “murió de muerte natural, naturalísima”, según lo dijo el propio Vargas Cantillo. El jefe de redacción también entregó su versión del prematuro fallecimiento cuando ya la revista era recordada como experimento y aventura: “Me extraña que *Crónica* durara tanto tiempo. En realidad nos fuimos cansando. Había que hacer de todo y nadie se preocupaba por hacer la revista y cobrar”.

El cuento era la especialidad literaria de *Crónica*. Las intrigas policíacas y las traducciones de los grandes de la época (Hemingway, Simenon, Graham Greene) buscaban que la gente mirara un poco más allá de la tabla de los goleadores y las entrevistas de vestuario. En sus páginas, Barranquilla intentaba tomar algo de la desolación y el ambiente porteño que lucía Buenos Aires en las historias publicadas en revistas que venían del Sur. El jefe de redacción además de los cuentos exclusivos para *Crónica* se dedicaba a tareas varias: hacía dibujos para ilustrar artículos, escribía las “Charlas de la ciudad” y por supuesto entrevistaba a algún defensor del once “Tiburón”: “García Márquez quiso una

vez entrevistar a un futbolista y Alfonso Fuenmayor se lo señaló: Sebastián Berascoechea, un brasilero de los huesos que a veces contrataba el Junior. No sé por qué la entrevista fue casi tan mala como el entrevistado”, recuerda Vargas Cantillo con una risa entre dientes.

Pero tal vez la página más memorable de ese juego de amigos para derramar tinta, lecturas y ron, esté en el número seis que circuló en junio del cincuenta. Está escrita por Gabriel García Márquez bajo el título “La casa de los Buendía, Apuntes para una novela”. Y parece increíble que ese cuentista incipiente, ese mecanógrafo magro que visitaba la librería El Mundo en busca de novedades y completaba las cartas de los lectores, estuviera ya pensando y pergeñando la que sería una de las novelas más influyentes del siglo XX, la misma que escribiría quince años después en una especie de raptó de inspiración, “sin problemas de palabras” y en medio de una felicidad austera y provechosa. En *Crónica* se le puede hacer arqueología a aquella casa fabulosa, allí se clavaron los primeros horcones para sostenerla.

La casa de los Buendía

Apuntes para una novela

La casa es fresca; húmeda durante las noches, aún en verano. Está en el Norte en el extremo de la única calle del pueblo, elevado sobre un alto y sólido sardinel de cemento. El quicio alto, sin escalinatas; el largo salón sensiblemente desamoblado, con dos ventanas de cuerpo entero sobre la calle, es quizá lo único que permite distinguirla de las otras casas del pueblo. Nadie recuerda haber visto las puertas cerradas durante el día. Nadie recuerda haber visto las cuatro mecedoras de bejuco en sitio distinto ni posición diferente: colocados en cuadro,

en el centro de la sala, con la apariencia de que hubieran perdido la facultad de proporcionar descanso y tuvieran ahora una simple e inútil función ornamental. Ahora hay un gramófono en el rincón, junto a la niña inválida. Pero antes, durante los primeros años del siglo, la casa fue silenciosa, desolada; quizá la más silenciosa y desolada del pueblo, con ese inmenso salón ocupado apenas por los cuatro mecedores.

(...)

La construcción se inició cuando dejó de llover, sin preparativos, sin orden preconcebido. En el hueco donde se pararía el primer horcón, ajustaron el San Rafael de yeso, sin ninguna ceremonia. Tal vez el coronel no lo pensó así cuando hacía el trazado sobre la tierra, pero junto al almendro, donde estuvo el excusado, el aire quedó con la misma densidad de frescura que tuvo cuando ese sitio era el patio de atrás. De manera que cuando se cavaron los cuatro huecos y se dijo: “Así va hacer la casa, con una sala grande para que jueguen los niños”, ya lo mejor de ella estaba hecho. Fue como si los hombres que tomaron las medidas del aire hubieran marcado los límites de la casa exactamente donde terminaba el silencio de patio. Porque cuando se levantaron los cuatro horcones, el espacio cercado era ya limpio y húmedo, como es ahora la casa.

Adentro quedaron encerrados la frescura de árbol y el profundo y misterioso silencio de la letrina. Afuera quedó el pueblo con el calor y los ruidos. Y tres meses más tarde, cuando se construyó el techo; cuando se embarraron las paredes y se montaron las puertas, el interior de la casa siguió teniendo – todavía– algo de patio. ^{UC}

* Ideas y fragmentos tomados de la recopilación hecha por Ediciones Uninorte, 2010.

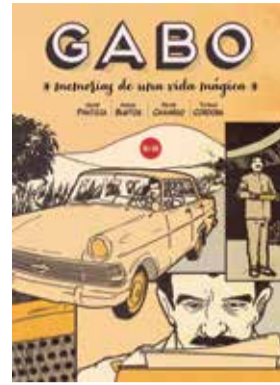
GGMI

Un semanario deportivo publicado en junio del cincuenta, con Millonarios como líder del torneo con 23 puntos, tiene un plano a mano de la casa de los Buendía.

Crónica una muerte anunciada

por PASCUAL GAVIRIA

(1927/2014)



Las viñetas que acompañan estos textos fueron tomadas del libro *GABO. Memorias de una vida mágica*. Una historia ilustrada de la vida de Gabriel García Márquez. Con guión de Óscar Pantoja e ilustraciones de Miguel Bustos, Felipe Camargo, Tatiana Córdoba y Juan Naranjo. Rey Naranjo Editores, 2013.



Tatiana Córdoba



Un aprendiz de escritor y periodista viaja a La Habana envalentonado por un premio. Se topa a García Márquez en la travesía, hotel a hotel, y termina gruñéndole al monstruo, que le responde sobándole la cabeza.

¡Aquí no hay Nobel que valga!

por J. ARTURO SÁNCHEZ TRUJILLO

Conocí a García Márquez en julio de 1975 cuando no había recibido el Nobel, aunque ya era un escritor reconocido, notable y universal. Me hallaba turístiendo por La Habana en la céntrica avenida La Rampa, frente a esa refrescante y dulce venta de helados cuyo singular nombre e imagen promocional –las estilizadas piernas de una bailarina– rinden homenaje a *Coppelia*, obra representada por el Ballet Nacional de Cuba.

Yo venía de almorzar en el Habana Libre, un hotel con vista al malecón ubicado en la contra esquina de dicha heladería, donde estuve alojado por varias semanas disfrutando de un temprano premio de periodismo. Quería probar el famoso helado de vainilla con sirope de fresa. La golosina me fue recomendada por mi guía permanente, una veterana funcionaria del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, que me advirtió, “son como las mujeres del trópico, si pruebas, te amañas”. La temperatura no bajaba de los 33 grados siendo las tres de la tarde, y subió más cuando, entrando al lugar, me topé a Gabo saliendo satisfecho, de guayabera blanca, acompañado por

un adolescente que se abanicaba con un sombrero de yarey. Luego supe que el muchacho era su hijo mayor.

Lo miré gratamente sorprendido pero con “reservas ajenas”, sin atreverme a decirle nada. En ese tiempo los grupos de la izquierda radical colombiana –en los cuales militaba– lo consideraban por la portada de las letras un gran escritor; mientras por la contraportada de la política les parecía un “reformista con amigos muy raros” del cual se debía desconfiar. Una postura que los fundamentalismos de izquierda en Colombia esgrimieron siempre contra inteligencias no alineadas por sus dogmas y estatutos de parroquia. Verdaderos cuentos chinos de los años setenta, en los cuales muchos rocosos militantes fueron formados a partir de las tesis de la revolución cultural proletaria que prohibió a Confucio, a Beethoven... y a los adolescentes darse sus ardientes y espontáneos besos en público.

En los días siguientes lo vi de nuevo muchas veces: en el hotel de Santiago, en Camagüey, compartiendo entusiasmos en la provincia de Las Villas, donde coincidimos visitando aquel simbólico lugar en el que yace el tren blindado,

capturado un diciembre de 1958 por el ejército rebelde al mando del Che Guevara; acción tan estratégica como surrealista que dio el golpe de gracia a la dictadura del odiado Fulgencio Batista.

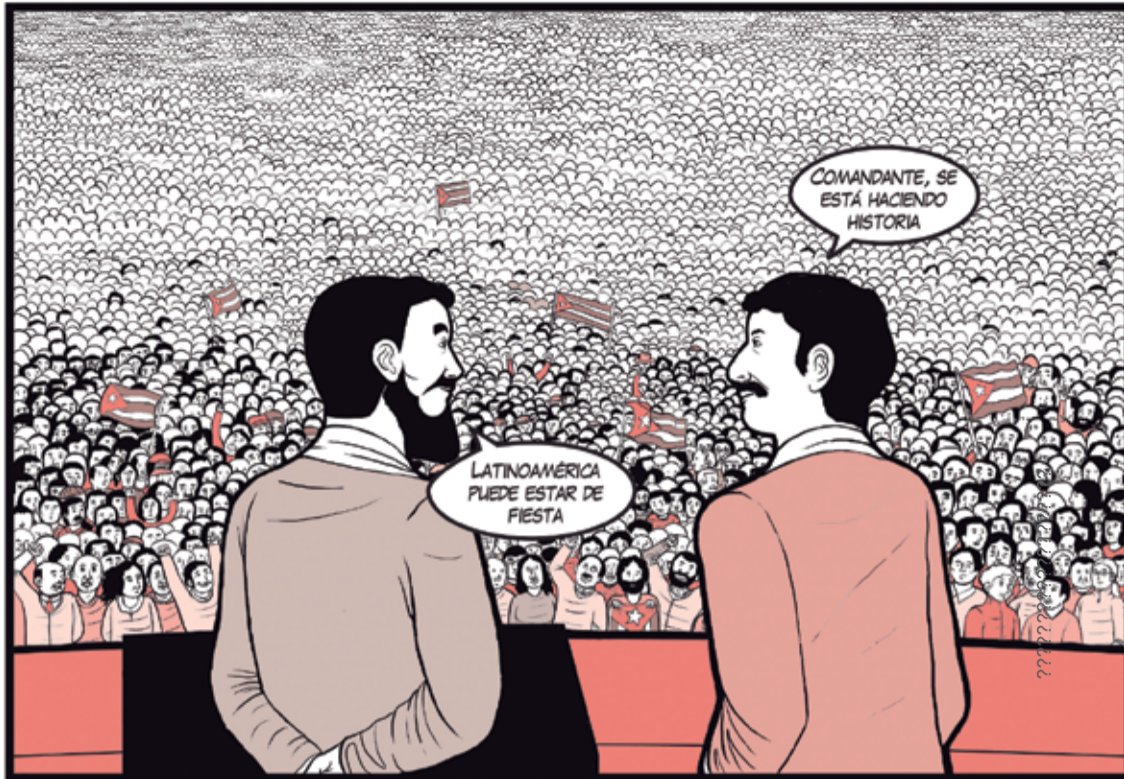
“Aquí fue Troya”, le dije esa mañana arañada de sol, mientras mi mano izquierda golpeaba sobre uno de los vagones incendiados por donde salieron en rendición las tropas de Batista, asfixiadas, esperando una lluvia de balas; y sin embargo recibidas con aplomada indulgencia por los insurgentes que ya se sabían vencedores. “Aquí fue...”, pero Cuba chico”, precisó el mago mayor y sonrió, queriendo decir –me imagino– que dicho suceso nada tenía que ver con lo clásico griego; que era asunto caribe, propio. Se trató de una revolución enfiestada que logró su triunfo en medio de los carnavales de julio y los bailoteos de diciembre.

Los ganadores de aquel premio de periodismo que me llevó a Cuba, escogidos en una convocatoria mundial, eran invitados a conocer una a una las provincias de la isla, con gastos de hotel y tiquetes de avión pagados. También les entregaban cincuenta dólares cubanos para los gastos menudos y tabacos y ron y libros y discos de La Nueva Trova Cu-

bana que apenas nacía. De manera que viajamos y nos divertimos mucho, bailamos a ritmo de la Orquesta Aragón en El Tropicana, observamos y metimos el dedo en los orificios que aún quedan en las paredes del Cuartel Moncada, y tomamos merienda dos veces con Mario Benedetti en el lobby del Habana Libre, pues el escritor en exilio vivía allí, un piso arriba de donde nos alojábamos.

En cada lugar donde hacía un pare la pequeña “guagua” de nuestra delegación encontramos ese carro negro, solo distinto a otros por su color; una limusina a lo cubano donde se transportaban Gabo y su hijo, quien no paraba de tomar fotos. Al final me enteré de que íbamos en la misma ruta y, muy a pesar de mis “escrúpulos principistas de izquierda”, ya no pude eludirlo ni dejar de buscarlo para darle un saludo al medio día en el almuerzo.

Cuando nos sentamos en la misma mesa, en una noche de son y ron, logramos conversar. Ocurrió en el bar del hotel en Santa Clara, asistiendo a una velada musical un día antes de la tradicional conmemoración del asalto al Cuartel Moncada. Esa víspera no pudimos evitar el tema de la lucha política en Colombia y hubo



Felipe Camargo

un encontrón en la mesa. Yo estaba alterado porque en la mañana una emisora había dado la noticia de la muerte del comandante del EPL Pedro León Arboleda, quien al ser acorralado en una casa de Cali, antes que entregarse prefirió enfrentar los comandos contraguerrilla que no tardaron en acribillarlo mientras gritaba “viva la revolución colombiana”. De manera que a partir del incidente se discutió acerca de la insurgencia latinoamericana y las vías para la toma del poder, sobre todo y muy a propósito del premio Radio Habana, dedicado en esa oportunidad al gobierno del presidente Allende en Chile. Un corto gobierno socialista conquistado legítimamente en las urnas en 1970, y derrocado tres años más tarde en forma sangrienta por los militares chilenos y la siempre entrometida Central de Inteligencia Norteamericana.

En una sentada, después de bailar esa canción que dice “se estaba ahogando un ratón dentro de un barril de vino”, se nos vinagró la noche. Bien subido de rones, escuchando en mi oído vocecillas de las furibundas asambleas estudiantiles, dolido por la muerte del guerrillero Arboleda, descalifiqué a quienes llamábamos electoreros. Rebellándome contra el protocolo de la buena diplomacia y los buenos modales, para los cuales no tenía edad y, bueno es confesarlo hoy, tampoco he tenido genio, saqué un “!leen fiinn!” y dije que el proyecto periodístico de la revista *Alternativa*, ese experimento sin igual patrocinado e impulsado por Gabo en compañía de otros intelectuales demócratas, donde se desahogaron política y literariamente todo tipo de mamertos, trotskistas, maoístas anarcos y locos, que esa revista dije, “era floja, conciliadora con el establecimiento”.

La verdad, él no me paró muchas bolas. Sabiéndose dueño de la situación, más que doblando mi edad, curtido ya de experiencias en todo tipo de escenarios y, para mi fortuna, transigente con esa impulsividad juvenil que sentía al frente en todo momento en la figura y el acelere de su hijo adolescente, siempre a su lado, alebrestando con su camarita, muy seguramente determinó que disputarle a un paisano radical mochilero de veinte años era dañar los tragos. Optó entonces por hablar pausadamente de su amigo el presidente panameño Torrijos y de las posibilidades de acceder al poder a través de vías distintas a la guerra popular prolongada. Por último, enfatizó algo que cayó como un balde de cervezas frías y me abrió nuevos ojos, fue eso que llaman una revelación: “Si se tienen buenos ideales, no pueden lograse por métodos viles”.

Solo Gabo y yo azotamos baldosa esa noche, nos turnamos para sacar a bailar a una mujer ya madura e invidente, quien a veces le hacía dúo al cantante del grupo que amenizaba. Llegada la hora de irse y acabar la fiesta, en tono paternal, mostrándome la hilillos blancos que ya empezaban a insinuarse, Gabriel García Márquez me dijo: “A esta altura de mis canas, si podemos bailar con la misma pareja, no pensamos tan distinto”.

Quedé en suspenso y me zampé un trago de Cienfuegos. Eran las dos de la mañana y nos habíamos tomado ya dos botellas de ron con varios funcionarios cubanos, dos miembros del grupo bandera roja de Venezuela, un zapatista mejicano, un exministro del gobierno de Allende y otros ganadores del premio que se encontraban allí. Terminada la rumba, le dije especulando: “Bueno... nos volveremos a ver”. Dio un vistazo al reloj y abriendo los ojos, para dar por cerrado el incómodo choque, respondió sereno: “Creo que en unas horas, porque seguimos en la misma gira”.

Recordé mucho este suceso tiempo adelante, participando como organizador en el tercer Festival de Poesía de Medellín. Mi huésped Raúl Gómez Jattin, en una de sus jugarretas mentales, juraba que García Márquez le tenía envidia, le perseguía y mandaba muchachos para que lo apedrearán desde los entejados, cuando hacía sus salidas al patio de descanso de la cárcel de Cartagena, donde estuvo recluido por consumidor desadaptado: “¡No jodás Raúl! –le recriminé–, vos y yo a veces decimos güevonadas muy parecidas”.

Durante esas semanas pude disfrutar de la antigua Isla Juana, más tarde llamada Cuba, el primer territorio que invadieron las carabelas españolas en su devastadora campaña, y el primero que fue liberado de la vieja dominación colonial en América. Luego supe que García Márquez se dedicaba a escribir un nuevo trabajo periodístico que antes de 1980 sería publicado con el título *De cabo a rabo en Cuba*. Trabajo que conocí solo hace unos años, en un viejo libro que me facilitó un amigo, presentado en portada con la frase Ediciones Militantes, y dado a luz por Son de Máquina-Editores.

La contra carátula resalta una estruendosa cita del autor que me parece pertinente traer a cuento: “Hago un balance y lo único que me sobra es la fama, yo quería ser escritor, un buen escritor, que me leyeran, ser reconocido como un buen escritor, pero jamás conté con tanta fama, que es lo mas incómodo del mundo porque solo sirve para que te jodan y te hagan entrevistas; y entonces me pregunto: ¿qué hago entonces con

esta fama? ¡Coño! Me la gasto en política, es decir, la pongo al servicio de la revolución latinoamericana...”.

Todo esto ocurrió antes de la llegada del nobel colombiano a Estocolmo, y también antes de su apresurada salida de Bogotá. Cuando desde los cuarteles lo sindicaron de propagandista peligroso y escritor cómplice de los insurrectos, en busca de un pretexto para someterlo a los interrogatorios en las caballerizas de Bogotá: “Ese tal Márquez colabora con la subversión y es un camuflado contra la patria y la democracia”, bramaban entonces los militares. En efecto, un 24 de marzo, luego de una cena en el palacio presidencial, según escribió en su artículo *Punto final a un incidente ingrato*, escrito después de largarse de este puto país, un alto oficial del ejército entre otras cosas dijo: “El general Forero Delgadillo tendrá el gusto de ver a García Márquez en su oficina, pues tiene algunas preguntas que hacerle en relación con el M-19”.

Tal vez hoy esto parezca inverosímil, pero las voces de que lo iban a detener eran de dominio público en Bogotá. No obstante, al contrario de lo que ocurre, de acuerdo a sus mismas palabras con los esposos cornudos, no fue el último en conocer la noticia. Alguien, posiblemente el ex presidente López Michelsen, le reveló los planes y dijo: “No hay mejor servicio de inteligencia que la amistad”. Gabo sabía también que ya el general Camacho Leyva había afirmado en el oscuro momento que apresaron al poeta Luis Vidales: “Aquí no hay poeta que valga”, y tomó medidas para no ser ultrajado por los militares a nombre de la democracia.

A Gabriel García Márquez los mandos militares y la ultraderecha colombiana le echaron más de una vez el viaje para joderlo, sobre todo en aquellos episodios vergonzosos e historias de tortura que salpicaron las caballerizas de Usaquén, cuando sufríamos el brutal desgobierno de Turbay Ayala. Y al final se tuvo que ir, fue uno de los cuatro o más millones de colombianos que en los años posteriores se marcharon apurados de su país. Y se fue dejando en ridículo con una sola línea todo ese falso positivo judicial que le estaban montando: “La única arma que he disparado en mi vida, es una máquina de escribir”.

Décadas después de mi encuentro con Gabo, veo como esas frases contundentes, lucidas, jocosas, llenas de sonoridad, intuición y conocimiento que me tiró en 1975 son las mismas que he leído durante cuarenta años, de las cuales me he tratado de nutrir con entusiasmo y asombro de principiante. Afortunadamente solo dios, el diablo y los brutos no cambian. UC



Miguel Bustos

Un apartamento regentado por la *señora* de la cultura de la época.
Llega el Nobel y se enfría el ajíaco.
El escritor consagrado añora su cueva.

El tedio de la fama

por EDUARDO ESCOBAR

Recuerdo que Manuel Mejía Vallejo definió la fama como eso que permite que algunos nos tachen de hijueputas sin habernos tratado jamás. Quiero y admiro a García Márquez y juro que la mañana cuando escuché que le había sido concedido el premio Nobel se me atragantó el desayuno de la pura alegría, pues aunque muchos lo esperábamos, también era una bella sorpresa. Pero sobre todo, más que la sabiduría del prosar, aprendí de él que la gloria tiene un peso espeso, y que puede convertirse en un problema engorroso.

Lo que más sorprende en GGM, como dejé dicho en el ensayo que le dediqué en *Cuando nada concuerda*, es el modo como lo quería todo el mundo. Personas en desacuerdo en todo lo demás como Fidel Castro y Bill Clinton, por ejemplo, coinciden en la admiración por el autor de *Cien años de soledad*. Una novela estrambótica que devolvió el género a los tiempos de *Las mil y una noches*; un anacronismo, después de los refinamientos de Joyce y Becket y de los narradores del objetualismo francés, que habían convertido la novela en otra cosa, llevando el género a límites inhumanos.

En una entrevista GGM condenó a Arnold Schönberg y, extrañamente para mí, al expresionista Stravinski, porque dijo habían llevado la música a una crisis sin salida ni inspiración. Pero defendió a Béla Bartók, el músico húngaro que al parecer lo acompañó durante la escritura de *El otoño del patriarca*. Esto explica quizá su decisión de escribir una novela que rescatara el género de la técnica pura, contra los novelistas de vanguardia, y también su apego a la cultura popular que confesó siempre. Béla Bartók, aunque a veces coquetó con el dodecafónismo de la escuela de Viena, en los más ásperos de sus cuartetos, permaneció apegado siempre a las canciones de su patria, a la música del pueblo de ese país extraño que ha pasado por tantas desgracias entre el nazismo y la tiranía de Stalin hasta hoy.

Amalgamando los vicios temáticos del absurdo de Kafka, a quien conoció en la juventud, con la andadura barroca de Faulkner que debió enseñarle a leer su amigo Cepeda Samudio; tomando las delicadezas del piedracielismo bogotano que había descubierto en el colegio de Zipaquirá y cantando su gusto por los boleros y los vallenatos, GGM consiguió hacerse a una voz tan personal que resulta inconfundible. No importa cómo se formó el portento. Importa más el hecho misterioso de que su manera de testimoniar este mundo le mereciera esa gloria que le cayó encima como un martillazo en la cabeza después de la publicación de *Cien años de soledad*.

¿Es probable que por las leyes de la compensación que según algunos rigen la vida, el tributo amoroso que se le rinde en todas partes sea el premio de consolación por una infancia solitaria en una casa llena de viejos, en medio de una familia innumerable y extraña, y separado tempranamente de unos padres a quienes incluso dejó de reconocer y apenas aprendió a querer? Quién sabe. Su autobiografía narra cómo la vez que se encontró con su madre después de años de no verla, descubrió que la había olvidado. Y en la biografía de Gerald Martin, el padre es la sombra inodora de un extraño que se obstina en vivir cambiando de rumbo cada semestre para encontrar siempre otro fracaso al final, otro fracaso cosechado sin ruido. Los dos, el padre y la madre, son unos seres ajenos a su vida. Y eso siempre entristece.

A GM todo le sucedió con la misteriosa naturalidad que ocurren las cosas en los cuentos de hadas y en los relatos de milagros, desde cuando se encontró con un fauno en un tranvía bogotano mientras él iba leyendo versos de Jorge Rojas, hasta cuando conquistó el amor universal de los lectores, en chino, swahili y checo, y en las otras lenguas surgidas de la confusión de Babel. Pero el privilegio de la fama le vino con el descubrimiento de que ésta puede convertirse en una desgracia. El hombre tímido que discurre como algunos caribeños melancólicos entre frases despedazadas dichas en tono de confianza, el que había querido ser visible solo para sus amigos de Barranquilla, resultó involucrado, casi sin querer, en la farisa colosal de los honores del mundo. Y a partir del día cuando en un teatro de Buenos Aires la gente recibió su ingreso en la platea con el chaparrón de unos aplausos, para agradecerle la novela de la familia Buendía, las cámaras lo siguieron a todas partes: por los abrevaderos de ron y los comederos de butifarras del Caribe, en el Elíseo cenando con un presidente francés, entrando a desayunar en el palacio de un rey hiperbóreo y hasta encerrado en el Vaticano con un papa que no puede abrir una puerta trabada. Para defenderse dijo que la novela que lo arrastró a la notoriedad era una mamadera de gallo, nada distinto a un vallenato largo. Pero fue en vano. La gente siguió confiando en sus fantasías y pasando por las librerías para hacerse a sus tósigos, a sus relatos opiáceos reproducidos en ediciones millonarias.

Gabito, como le dicen muchos que jamás lo vieron, pagó el afecto que vino a equilibrar las soledades de la niñez con los embrollos de esplendores de una fama de la cual jamás dejó de quejarse. “Estoy hasta los cojones de García Márquez”, dijo una vez. Pero también es posible que tanta honra lo halagara al final. Porque después de la celebración de su octogésimo aniversario, cuando reunió en Cartagena a sus amigos más eminentes, incluido un rey de España, el hombre más rico del mundo y un ex emperador gringo, le dijo a su biógrafo inglés con zumba de vanidoso: “Me encanta que hayas venido para que nadie pueda decir que fue mentira”. Unas palabras que se pueden interpretar como un reproche póstumo al padre que solía repetir que el más glorioso de sus hijos había sido un mentiroso desde chiquito y que no entendía por qué hacían tanto alboroto a su alrededor cuando había otros escritores en la familia. La madre, doña Luisa Santiago, cuando supo que le habían otorgado el Premio Nobel solo se alegró pensando que al fin le iban a arreglar el teléfono. Y cómo puede uno convertirse en el escritor más famoso de su siglo cuando su madre se llama Santiago y a uno lo distinguen como Gabriel García.

Pero todas estas cosas están dichas ya por la crítica propia y la ajena. Lo que no he contado, gracias a un capricho del disco duro de mi máquina Apple, es la historia de la tarde en que conocí al monstruo. Fue en un almuerzo bogotano cuando se me reveló la crueldad de la fama y cómo puede trastornar la vida de un hombre bajo la forma del aislamiento. Fue en la casa de Aura Lucía Mera, entonces directora de Colcultura. Aquella tarde la casa estaba como siempre en las fiestas de Aura Lucía, atestada de señoras caleñas cada una más increíble que la otra, llenas de gracias espirituales, atributos faciales y delicadezas de bulto; y de poetas, pintores y políticos. Nadie sabía que un Premio Nobel estaba invitado al ajíaco. La charla se animó en un delicioso relajamiento fraternal a medida que corrieron los vinos de los preliminares. Hasta cuando, pasada la una en el reloj, sonó el timbre. Y una señora, la más hermosa de ojos, abrió los tesoros de los suyos como dos platillos voladores, y musitó mirando al zaguán como si hubiera aparecido el diablo: “García Márquez”. Y se arregló el escote y la falda como si se dis-

pusiera a recibir al Padre Eterno y no a un simple Premio Nobel. El hombre entró en la sala del brazo de un conspicuo caballero de industria de apellido vasco cuyo nombre olvidé, y venía trajeado, si la memoria no me engaña con el prejuicio, con una de esas chaquetas de cuadros que le merecieron el remoquete de ‘Trapoloco’ entre los choferes de la Arenosa y que después fue puliendo en los tratos palaciegos. Y se acabó la fiesta. Todo el mundo se puso a hacer un papel. O como quien dice, todo el mundo extravió su autenticidad, cada uno se puso la cara más inteligente y en apariencia más interesante de la colección de caras sociales que todos llevamos en el almario. Yo traté de distender el ambiente con una trivialidad a propósito del premio de poesía que se acababa de ganar Jotamario. Pero nadie me oyó por mirar la reliquia de hombre. Solo el invitado principal me miró como quien echa un vistazo a un florero. Muy ocupado atendiendo a una santísima trinidad de señoras que trataban de convencerlo de que en *Cien años de soledad* había contado sin querer la historia de sus propias familias (todas las familias creen lo mismo entre Constantinopla y Siracusa y entre la China y Chinchiná), de modo que el de Aracataca comenzó a transpirar aburrimiento. Y puso un gesto de lástima y unos ojos de espanto indecible.

Recuerdo que los invitados comenzaron a ocupar por turnos el taburete contiguo al del maestro para tomarse una fotografía con él. Y que él soportó el ritual por cortesía pero con el fastidio inocultable del que espera el turno de su crucifixión. Y que empezó a chorrrearle por todos los poros un tedio corrosivo que decoloró los cuadros de la chaqueta estafalaria. El hombre aprovechó cuando el fotógrafo tuvo que cambiar el rollo exhausto de la cámara recalentada para huir a la cocina, detrás de la nevera, donde instaló su plato y su servilleta en la mesa de picar cebollas, en compañía de una muchacha recién llegada de cantar canciones de protesta en París.

Me enorgullezco de mi gesto humanitario. Cuando Jota, mi amigo, el poeta nadaísta, me invitó, él que es como es, a hacerme la toma de rigor, me negué en redondo y le dije: “Dejen tranquilo a ese pobre señor, por Dios”. Y me parece recordar que GM me miró con ojos de ternero agradecido. Y si no fue así debió hacerlo. ☪

el Alemán Pues
— Restaurante & Cervecería —
Salchichas y cervezas alemanas

Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa
Tel: 268 44 20 - El Poblado

Kaldi Kaffe
sabor a trigo y aroma de café

Planetario de Medellín, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.
Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

La mujer anaconda

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

Ilustración: Elizabeth Builes

Enrollada en su propio cuerpo a la mujer anaconda parece que le faltan los pies. Está tirada en medio del pasaje peatonal de Carabobo, entre las calles 49 y 50, y a nadie parece importar su presencia. Aquello que podría describirse como la parte inferior de su cuerpo está sobre el infernal pavimento al sol del mediodía; la parte superior, de la cual sobresale su ancha cabeza, está apoyada en un pequeño cojín cuyo color original es difícil de precisar.

La mujer juega con un diminuto pitillo plástico, de esos que se usan para revolver el café. Así se come las horas soñolientas de un jueves que amenaza con derretirse antes del aguacero. El pitillo pasa de un dedo a otro entre sus manos gordas y torcidas. Se lo lleva hasta la oreja derecha para hurgarse quién sabe qué secretos, y luego lo introduce en su boca para rascarse las encías.

A un lado de su cojín hay dos vasos pequeños con algunas monedas. La mujer las cuenta de vez en vez para disimular su aburrimiento, pero en realidad parece que poco le importa cuánto se ha ganado en media jornada.

A esa hora Carabobo es ruido y muchedumbre: pillos camuflados, putas hechizas, ejecutivos de a pie, chamanes; ofertas de tangas y de televisores LCD; mujeres indígenas quemando sus ancestrales lenguas con opíparos sancochos; vendedores de globos, hombres de la mano de hombres, hombres con perros, perros que parecen hombres y mujeres que a veces se las dan de perras. Policías, ladrones, ladrones policías, vigilantes amargos; gordos, flacos, lisiados; músicos de jazz, músicos de otra cosa, gente que huele a música y música que retumba desde los almacenes de El Hueco.

En medio de tan variopinta miscelánea, la mujer anaconda comienza a moverse. Apoya sus codos sobre el cojín y empieza a desenvolver sus pies hasta quedar estirada como una morsa suplicando pescado. Pero aquella no es su intención. La mujer morsa se sienta para descansar de su posición anterior. Los pliegues de su cuerpo se mueven graciosamente al ritmo de un porro que suena en El Tragadero de la esquina.

Tras el esfuerzo, la mujer suspira y seca el sudor de su frente con sus manos. Luego revisa su bolso, que ha surgido inesperadamente de sus carnes ondulantes. La mujer morsa tiene la piel negra luego de nueve años de jornadas bajo el sol de Carabobo. Se llama Nubia y aunque parece anciana apenas llega a los cuarenta años.

“Me vine de Ituango para Medellín hace diez años; sin saber leer ni escribir; sin saber dónde llegar o a quién pedir ayuda”, cuenta la mujer mientras vigila el paso de los transeúntes, quienes de vez en cuando

dejan caer monedas en los pocillos amarillentos que le sirven de alcancía.


Nubia González es desplazada y, aunque cuando llegó a Medellín se dedicó a la venta de empanadas y pasteles de pollo, la polio la dejó menguada para el trabajo. La alcaldía, según ella, no le ha ayudado: “Sé que a otros les dan sillas de ruedas y oportunidades en microempresas, pero a mí nadie ha venido a buscarme”, rezonga Nubia, madre de dos y novia de muchos hombres.

“Ninguno se quedó a mi lado. Ahora convivo con Dios, el único que con sinceridad se ha interesado en mí”, dice la mujer creyente, cuyos ojos cafés denotan tranquilidad y perdón.

Una niña de tres años de edad se acerca de la mano de su madre. Cuando tiene en frente a la mujer morsa se asombra y no es capaz de continuar el camino sin dejar de mirar a la limosnera. Nubia le sonrío y le hace una señal de despedida. Ante su extraña figura, que a primera vista parece mutilada, también se asombran algunos adultos que la miran con melosa misericordia y siguen su camino sin rebuscarse alguna moneda en los bolsillos. Sin embargo, son tantos los años de Nubia arrastrándose por las calles de Medellín que la mayoría de las personas la reconocen. Y hasta la ignoran.

A la mujer anaconda nadie le roba, nadie la critica, nadie le pide cuentas. Cuando termina su jornada a las 5:30 de la tarde, un viejo de mostacho grasiento va a buscarla para ayudarla a subir a una silla de ruedas que le regalaron en una iglesia evangélica. Nubia se acomoda con uno que otro tropiezo, mira al cielo y hace una pequeña oración en silencio. No se persigna. Cuenta sus monedas, revisa su bolso y su celular. El hombre del mostacho empieza a empujar la silla de ruedas hasta la calle Colombia, luego se despide y Nubia continúa sola el recorrido hasta su hogar en Prado Centro.

Dice no extrañar su pueblo ni sus familiares. Apenas si recuerda el olor del río Cauca en la mañana, y los silbidos alegres de los campesinos madrugadores que soñaban, como ella, con un futuro bañado en oro.

“Uno sueña cuando es joven, pero luego uno se hace viejo y se da cuenta de que lo que uno no haga por sí mismo, nadie va a venir a hacerlo por uno”, reflexiona Nubia, la mujer anaconda, la mujer morsa, la mujer creyente del pasaje peatonal de Carabobo. 



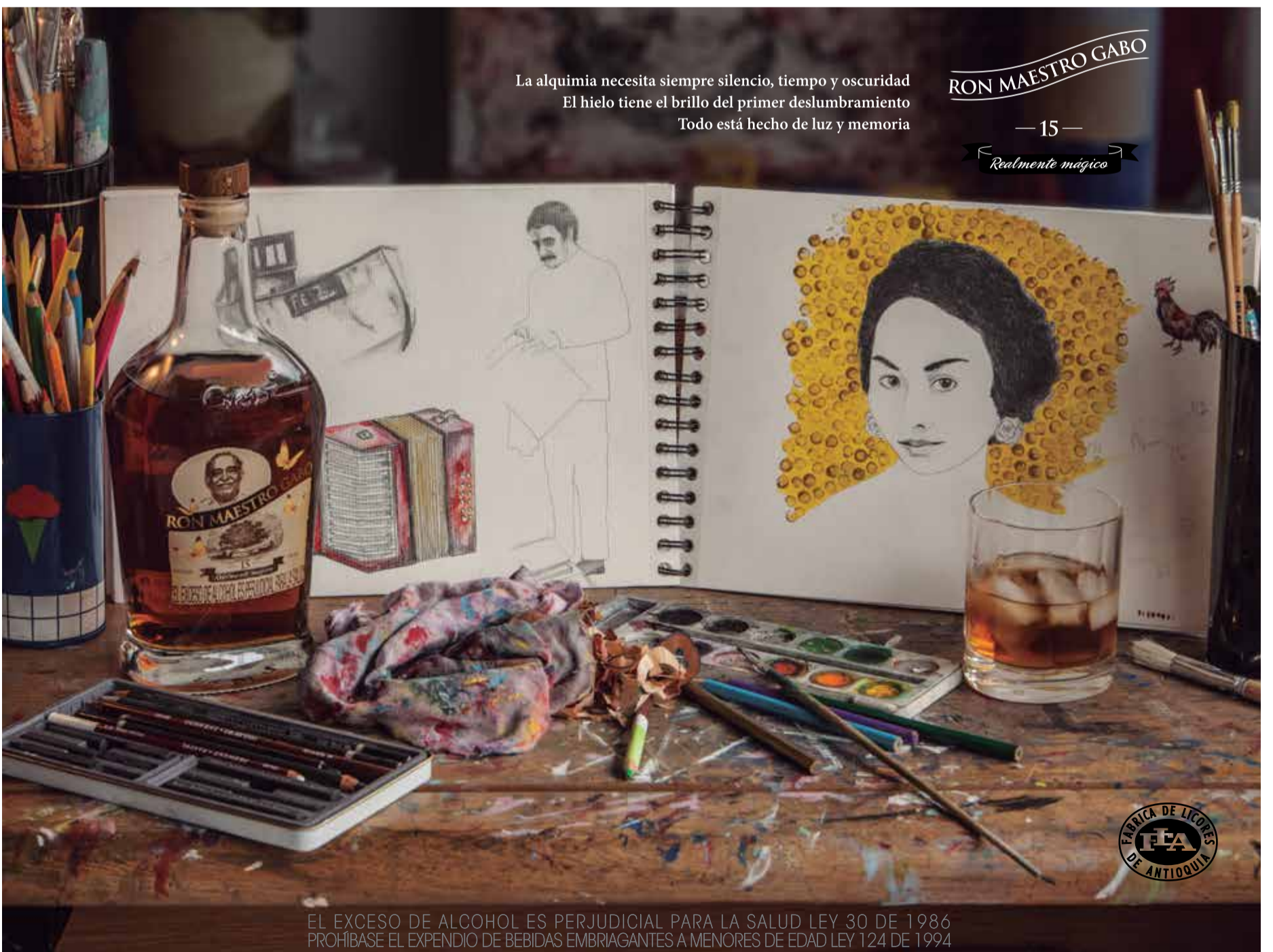


VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA



**Ahorro y crédito con solidaridad
para el bien vivir**

Phyllis



La alquimia necesita siempre silencio, tiempo y oscuridad
El hielo tiene el brillo del primer deslumbramiento
Todo está hecho de luz y memoria

RON MAESTRO GABO

— 15 —

Realmente mágico



EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994

EL PELIGRO ES QUE TE QUIERAS QUEDAR

por ROBERTO PALACIO

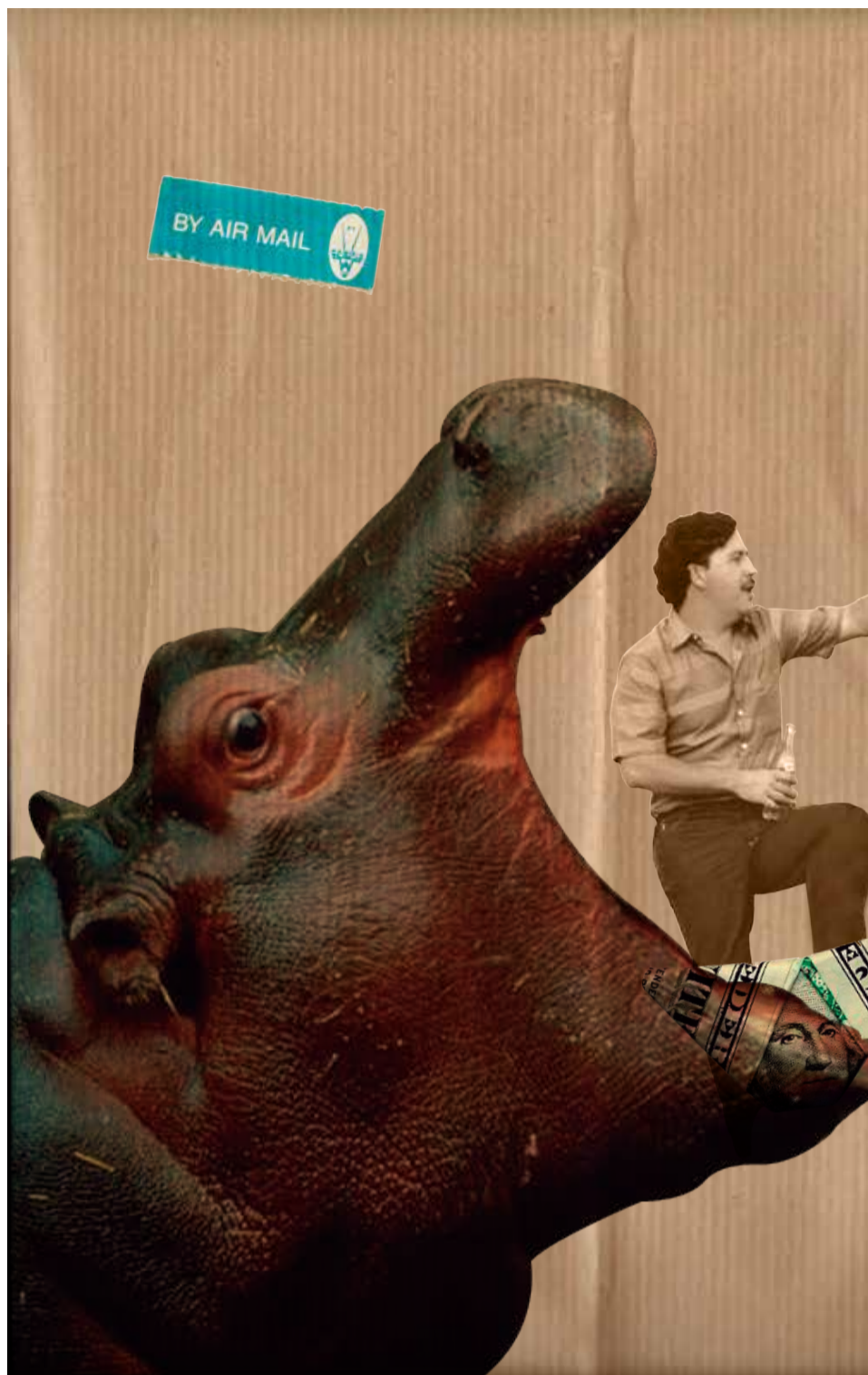
Ilustración: Nora Pérez

Hace muchos años en un viaje a Medellín mi papá detuvo el carro en la mitad de la carretera entre Doradal y Puerto Triunfo, frente a la Hacienda Nápoles. Sobre el pórtico de la entrada se erguía la diminuta Piper Cub en la que Pablo Escobar y su hermano sobrevolaron, sin parar a refrescarse, la Cuba calurosa y los cayos cercanos a Las Bahamas hasta llegar a la Florida un domingo, como simples turistas entre los niños que elevaban cometas y los ricos que manejaban sus aviones particulares sobre canchas de golf.

La pequeña avioneta no solo se podía ver desde la carretera, estaba tan cerca que el hollín de los camiones había estropeado lo que no logró tragarse el Triángulo de las Bermudas. Ya no había heroísmo en esa aeronave; como dicen los aviadores, no merecía el vuelo. La habían pintado tantas veces como a las columnas que la sostenían, delineada con bordes azules en los costados en un intento desesperado por resaltar una silueta memorable. El artefacto se veía vacío y de la cabina solo quedaba un panorámico macilento y ajado como una lija bajo el sol, por donde se me hacía increíble que 'El Osito' y 'El Patrón' hubieran podido mirar. Mi padre se bajó del carro y caminó alrededor de las columnas con las manos en la cintura. Yo lo acompañé y también puse las manos en la cintura. Aún era tan niño como para hacer justamente eso. Le pregunté a mi papá si aún podía volar. Simplemen-

te respondió, como poseído, que era increíble que a "eso" lo dejaran estar ahí. Ignoraba entonces que el vuelo de esa avioneta era un símbolo de Colombia más fehaciente que el vuelo de Ricaurte en San Mateo. Mi madre no se bajó, pero no paró de gritar desde el carro lo peligroso que era lo que hacíamos.

Con el tiempo, los métodos para llevar cocaína a Estados Unidos fueron cambiando: dos motores de doscientos cuarenta caballos de fuerza cada uno, una lancha brutal y dos "ositos", ya sin patrón, en pura, inclinados sobre el timón. La brutalidad de los motores en algún momento se quedó corta y comenzaron a caer más y más lanchas rápidas. Llegaron entonces las lanchas tapadas: a la embarcación de alta velocidad se le aplicaba una capa de fibra de vidrio con un barniz por encima. Eso ya hacía que costara millón y medio de dólares. Era una buseta para el agua que se sumergía hasta el cuello, como el dios Tántalo cuando se le torturó para que no probara bocado ante un plato de viandas. Adentro tampoco se podía probar el bocado que se cargaba, las semillitas que habitaron en la nariz de Henry Fiol, las mismas que inmortalizó Cheo Feliciano: "Échale semilla a la maraca pa' que suene / cha cuchá cuchucuchá cuchá". Era una solución de traquetería para llevar el cargamento. Por alguna razón relacionada con los radares, las busetas del agua daban una vuelta alrededor de la Gorgona y tomaban la ruta de Vasco Núñez de



Balboa hacia el norte, rumbo a las costas de México, con cuatro tripulantes que se debían hundir con la nave en caso de ser atrapados. Al final de la travesía la buseta del mar olía indefectiblemente a mierda de "osito", la temperatura según los testigos llegaba a más de cuarenta grados centígrados y allí, donde las ballenas copulan y el mar es tibio, los colombianos desechaban la manufactura más cara que producían, halando una válvula amarilla como la del gas. Lo más costoso, desechable; lo desechable en Colombia, eterno y reutilizado *per saecula saeculorum*. Los dos o tres o cuatro millones de dólares iban a dar al tranquilo mar de Cortés y los narcotraficantes esa noche tomaban tequila con putas como Juan Rulfo y se metían semillitas en la nariz como Henry Fiol.

Pero la buseta del mar era artesanal. Había que profesionalizarse. En 1995 uno de los organismos del Estado colombiano sospechó, cuando un grupo de señores muy distinguidos de Cali intentaban comprar un submarino de la ex Unión Soviética, que un grupo de militares rusos subastaban al mejor postor como si fuera un Olcit abandonado en un taller del Siete de Agosto. Fueron honestos, estos, los calleños; querían ese submarino con papeles. Intentaron dar arras, dejar una platica para cuando saliera la tarjeta, y ser los poseedores legítimos del batiscafo. Pero la operación era sospechosa; nadie quiere un submarino nuclear para dar una vuelta con las amigas. No nos pudimos profesionalizar, el mismo Estado lo impidió.

Lo rudimentario del tramoyismo pasó entonces a un segundo nivel. A alguno de los honorables caballeros de la "trasnochadora y morena" se le ocurrió que en realidad no era necesario llevar cuatro "ositos" con el cargamento; se podía mandar solo. Empaquetaron toda la semillita de Henry en lo que fuera un torpedo y decidieron arrastrarlo bajo las aguas, halado por lo que simulaba ser un bote de pescadores que, probando suerte y bailando cumbia con su atarraya, se iban hasta México lindo en busca de pargos que celebraran el día de los muertos en los mares de los charros. Por si el bote era interceptado, se diseñó un gancho simple para que soltara el torpedo con la carga y un sistema automático que lo convertía en un enorme tronco silvestre que emergía a la superficie y comenzaba a emitir señales satelitales para ser recuperado: "Acá estoy hijueputas..., acá, bip". Se trataba de un *software* colombiano. Era un deleite ver esos troncos pintados como un aviso de asadero. De ser posible, el anónimo artista le hubiera puesto un humo exquisito que se desprendiera de la madera. El GPS flotante era recogido y el torpedo arrastrado de nuevo en la pesca milagrosa.

Ya grande vine a entender que con esas semillitas El Patrón compró cosas muy bonitas de verdad: canguros de Australia, dromedarios de los desiertos de África del Norte, elefantes de la India, búfalos de las praderas de los Estados Unidos, ganadito de Escocia y vicuñas del Perú, como lo recuerda el periodis-





Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

THE SECOND CHANCE

Antes de salir miró el diario sobre la mesilla: julio 25. Después, obedeciendo a un impulso mecánico, rodeó con un círculo rojo la fecha en el calendario de la pared. O tal vez –pensó– lo hacía por el oscuro gusto de dejar alguna luz acerca de su inexplicable desaparición. “Luz que nadie descifrará”, se dijo. Luego abrió la puerta, consciente y seguro de que nunca volvería.

Salió al prado, vedado por un seto alto. En la mitad lucía la carpa de lona, a la que daba entrada una cortinilla. Adentro de la carpa estaba la máquina del tiempo, estudiada y analizada durante largos años por Ignatius, quien ahora, muy seguro de su obra, se disponía por fin a inaugurarla. Tal como estaba diseñada, accionarla supondría un viaje sin regreso, siempre hacia el pasado. Era aquello lo que Ignatius ansiaba; siempre había soñado con esto, un viaje sin retorno. Quería irse, simplemente; quería ver, no volver. Echó un último vistazo a la casa; en el porche estaba Guardián, mirándolo. Le hizo un saludo con la mano; no se había olvidado de él, mañana vendrían a recogerlo. Luego corrió la cortina de lona, y entró.

La Máquina del Tiempo era un mueble rectangular, cerrado y compacto. A su izquierda había una palanca; accionada por la mano, se desplazaba de arriba hacia abajo, a lo largo de unos treinta centímetros: Ignatius la asió sin temor, y la desplazó con cautela, apenas un poco. No quería verse de pronto entre dinosaurios. La carpa tembló levemente. Ignatius corrió la tela de la entrada, y salió al exterior. Su decepción fue inmensa. Se halló de nuevo en el prado de su casa. Guardián correteaba a unos pocos metros.

Mascando su fracaso, volvió a la casa, y por pura rutina lanzó una mirada al calendario: no ostentaba ningún círculo. Corrió a la mesilla, miró el periódico: julio 24. Sintió algo próximo al desmayo, y también al júbilo. Así, pues, la máquina había funcionado. Estaba en el día de ayer. Él, y también ella. Tardó sólo un minuto en comprender lo demás.

Volvió de prisa al jardín, volvió a despedirse de Guardián. Corrió la cortinilla, entró a la carpa. Allí estaba la máquina, con la palanca arriba, nunca tocada, nunca inaugurada.

Ignatius ase por primera vez la palanca, y de un tirón la desliza hasta el fondo. La carpa se estremece.

CODA

Compuesta para mostrar en la provincia, *Fernando González, Velada Metafísica*, del grupo Maticandelas, se ha paseado por Latinoamérica y Europa. Para sorpresa de los mismos autores, aunque pronto entendieron que esta especie de divertimento agónico llegaba a muchos públicos. Conozco personas que la han visto tres o cuatro veces; yo sólo la he visto una, hace poco, y me quito el sombrero. Es una urdimbre de perfecto tejido, fluye sin obstáculos, es un homenaje amoroso a un gran hombre, y es también, sin énfasis, un soberbio ejemplo de puesta en escena.

La obra, además, nos encima dos regalos. Uno es una hermosa canción, al parecer italiana (pero que acaso sea de los mismísimos maticandelas); y otro, dos estrofas de un precioso soneto de Ciro Mendía, recitado al alimón por Fernando y Ciro. No puedo reproducir aquí la canción, por desgracia. Pero sí el poema:

“Que una fiesta de viento y brisa alabe / tu cuerpo, cuerda que en las arpas debe, / el tallo de una risa rosa, leve, / en tallo Azul de nube y uva y ave. / Es un tallo de nieve y ola breve, / es un tallo de música tan suave, / que el corazón –tu corazón– no sabe / si es el amor o el tallo que se mueve”.

ta antioqueño Juan José Hoyos, el que tomó la foto célebre en la que el honorable Alberto Santofimio Botero, en Nápoles, se subía a una lancha plana que llevaba una turbohélice atrás, de las que atraviesan los “malparidos” Everglades en la Florida, como lo dijieran los lugartenientes de El Patrón.

De hecho ahora lo veo todo: Escobar lo que intentaba hacer era un pesebre natural, un absurdo paisaje a escala uno-uno, un bonsái del tamaño original, un restaurante paisa donde en lugar de los letreros que dan la ilusión de las cosas estuvieran las cosas mismas. Las garzas blancas que había traído de no sé qué lugar del África fueron entrenadas por un ejército de trabajadores que las agarraban de las patas y las amarraban de las ramas de los árboles que rodeaban la piscina, hasta que los animales, a fuerza de cansancio y adoctrinamiento, no veían otra opción que ir a posarse en esas ramas a las cinco de la tarde de todos los días de la vida con el fin de que El Patrón, tomando trago con ‘El Limón’, tuviera un momento lindo. A un canguro le enseñó a jugar fútbol. A un delfín lo embutió en un lago de una de sus haciendas para que el solitario animal llorara en las tardes lentas y penitentes de la selva en un agua enlodada del color del café con leche. Y todos esos actos antinaturales solo para que la gente se asombrara; exhibiciones hechas para que el visitante se fuera a la casa aterrado. Tantos años para entenderlo:

las bombas incendiarias del narcotráfico, los cuerpos, las torturas, las fosas, los aviones volando en pedazos en pleno vuelo... ¿Qué otra cosa eran sino una forma absurda de convertirnos a todos en partes del zoológico, de hacer que a todos nos salpicara la semilla?

El placer que nos procuraron los animales de Escobar es el mismo que experimentamos con la llegada de extranjeros al país; todas esas nacionalidades amañadas en la finca de alguien, turistas que de verdad les gusta Colombia, ganado que se encariña con los pastos de la región, elefantes que devoran yarumos y guayacanes y gramíneas del Magdalena. Orgullosos se los brindamos como les embutimos bocadillo y aguardiente y arequipe a los foráneos, porque qué pena con esos animales. Con los hipopótamos la historia fue patente. Se volaron de la hacienda de Escobar luego de que la desgracia y el saqueo dañaran su ambiente. Estaban, en ese sentido, colombianizados, no soportaban ya la desolación. El Magdalena les pareció estupendo, sus hierbas infecciosas un manjar, e hicieron de sus pandos calderos embarrados su hogar. Pero luego se los cazó y se los buscó sin cesar, porque el verdadero peligro, el único que corrieron los hipopótamos, y al fin y al cabo también los extraditables con sus tumbas en Colombia en lugar de sus cárceles en Estados Unidos, es que se quisieron quedar.

*Fragmento del libro inédito: *El segundo país más feliz del mundo*.



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA

Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Raponazos en el gallinero

por DAVID E. GUZMÁN

Fotografías por el autor

En cualquier momento vienen a pedirnos plata. Pero estamos preparados y tenemos un puñado de monedas en cada bolsillo. Ya hemos reconocido a varios pelaos que también estuvieron en Porto Alegre. El que más nos llama la atención es el gordito que salió en el noticiero uruguayo diciendo que la policía los había retenido y golpeado en la frontera con Brasil. Es de piel morena, ojos achinados y acento rolo; parece un Edgardo Román de veinte años. En el Arena de Gremio nos abordó dos veces sin darse cuenta, con el mismo discurso: “Parces, miren, nosotros llevamos meses viajando, acompañando al equipo, les queremos pedir solo una ayuda”. Hablaba enredado y con un convencimiento puro que su embriaguez no desvirtuaba. Esa noche, con un pedazo de plástico azul en la mano, negoció con uno de los tipos que cuidaba la tribuna. Le rogaba para que no les cobraran el asiento que habían quebrado. Eran *patovicas* macanudos vestidos de negro los que cuidaban el Arena, un estadio que bien podría recibir partidos del Mundial. El Ejército aguardaba en los bajos. Esta doble vigilancia y las normas de seguridad de un estadio moderno no impidieron que las barras hicieran daños y fueran contra las reglas. Pero la ley, esta vez privada, nunca los había tratado tan bien. Los vigilantes, pacientes, abordaron a los hinchas más alterados y dialogaron con ellos. Ante las advertencias y la posibilidad de que les cobraran, Edgardo prometió que no se pararían más en la silletería y pidió a los hinchas que se bajarán. Hicieron caso. La pelea que no pudieron ganar los *patovicas* fue la de la marihuana, pues a pesar de los constantes llamados para que no se fumara, siempre hubo algún sigiloso rascando moño y exhumando pipas.

Antes del pitazo inicial, cuando todo parecía bajo control, uno de los macanones le preguntó en tono amistoso a dos hinchas: “¿Cual é a figura do Atlético?”. “¡El diez! Cardona”, “¡Medina!”, respondieron en simultánea.

Gremio-Nacional empezó y perdimos de vista a Edgardo. En ese momento no teníamos ni idea de que lo íbamos a ver días después en el noticiero mostrando los moretones que le dejó la policía fronteriza. Esa noche, con el tres-cero que sufrió el equipo, los ánimos se aplacaron y la hinchada, que tuvo que esperar triste media hora a que salieran los locales, caminó cabizbaja las interminables rampas y escaleras del estadio. Días atrás, cuando fueron a comprar las entradas, habían dejado ya sus huellas y escudos: “Policarpa D.C”, “La corte sur Bogotá-Nacional Jerson”.

Donde no vimos grafitis fue aquí en el Gran Parque Central, en Montevideo. En este barrio sencillo los muros ya están ocupados con leyendas del Nacional de Uruguay, más conocido como “El Bolso”, el rival de esta noche.

Siempre me imaginé el viento de Montevideo así de frío. Los descamisados tienen la piel de gallina, pero prefieren lucir sus tatuajes verdolagas en pecho y espalda antes que abrigarse con las chompas. Se pasean por la tribuna, se reconocen, se saludan, se ponen al día en sus hazañas, se toman fotos con el Gran Parque Central de fondo. Falta una hora para el partido y aún no vienen a ofrecernos pulseritas, ni camisetas, ni a pedirnos colaboración.

Esto está cada vez más oscuro. La torre de iluminación está delante de nosotros y toda la luz se derrama exclusivamente sobre la cancha. Estamos en el típico gallinero detrás del arco. La misma boleta advierte en letra menuda: “En las gradas más bajas de esta localidad las condiciones de visibilidad no son óptimas”. Pero eso es lo de menos. Unos cien hinchas estamos a la espera de las emociones de un partido decisivo.

Hoy Edgardo no está embriagado pero sí exaltado; es el foco de atención de casi todos los grupos de hinchas, comenta del canazo y de la paliza en Chuy, pueblo uruguayo en la frontera con Brasil. Proponso a las carcajadas, de gafas oscuras y voz rasgada, definitivamente es uno de los líderes. Si la tribuna del Arena le quedaba grande y se vio obligado a negociar con los *patovicas*, en este pedazo de cemento se mueve como pez en el agua. Este estadio parece universitario y aunque muestra su mística, no es majestuoso ni genera esa sensación de que uno tiene cien cámaras encima. Apenas hay unos cuantos “robocops” sentados y separados por unas vallas, aburridos, sin mucho que cuidar; las posibilidades de pelea con hinchas de El Bolso son pocas y el humo agrí dulce en este país es legal. “¡Gran-de Pepe Mujica!”, grita alguien con el porro levantado y humeante. Este tipo de antesala se presta mucho para la recocha. Compatriotas reunidos en tierra ajena, al aire libre y unidos por una misma causa: alentar al equipo hasta que gane y aunque pierda. Una fiesta.

De pronto llegan a la tribuna dos señores bien vestidos y recién peinados, con camisetas originales del Nacional. Edgardo lo nota y va a saludarlos, a soltarles el discurso. Otros pelados se acercan a chocar esos cinco verdolagas. Ser hinchas del mismo equipo y estar a miles de kilómetros del país les da autoridad para saludar a quien sea y pedir la colaboración de rigor. Uno de los sujetos se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón, saca un billete de un dólar y se lo entrega a uno de los hinchas. Felicidad. No lo puede creer, lo levanta y lo mira contra la luz. ¡Un dólar! Al parecer los señores también vinieron preparados porque el otro repite

el movimiento: mete la mano al bolsillo y saca otro billete para ligar a Edgardo.

Minutos más tarde es nuestro turno. Por un lado aparece Santiago con un tubo de cartón que simula una mano rodeada de pulseras rastas y de otros estilos. El pelo brota generoso de su cachucha y cae lacio en sus hombros. Es de Bogotá y tiene cara de niño. Nos cuenta que salió de Colombia en agosto del año pasado con dos amigos y aún no tienen planes de regresar. Han acompañado al Nacional en Copa Suramericana y Libertadores, y quieren estar en el Mundial. Viajan en camión y a veces pagan pasaje en bus. Viven de vender manillas, dulces, “lo que sea”. Pueden pasar semanas e incluso meses entre partido y partido. Están sometidos a un





Bogotá, Armenia, Ibagué, Manizales. Hay algunas mujeres pero la mayoría son hombres. Mi ojímetro dice que ninguno pasa de los veinticinco años.

Pero no todos los hinchas están viajando en gallada. Muy cerca de nosotros hay una parejita que vino desde Buenos Aires, según escuchamos son estudiantes universitarios y viven allá. La chica está sentada con un taco de galletas de soda en su regazo. El novio habla con un amigo. La chica tiene frío, puedo ver erizados los pelillos rubios de su brazo. Abre las galletas y se come una. Le ofrece al novio y al otro tipo. Atraídos por la envoltura y el crujido, aparecen como gallinazos cuatro hinchas y piden con decencia su galleta. Llega otro, otro y otro hasta que se viene un combo. El taco de galletas se cae al suelo. El novio lo recoge y mira a la chica.

—No, pues dales —dice ella resignada.

Atacan el taco como si fueran pirañas y las últimas galletas se vuelven polvo por los manotazos de los últimos hambrientos. La espera es cada vez más amena. Al rato, un corrillo de último minuto nos hace mirar para arriba de la tribuna. Varios hinchas se reúnen en torno a Edgardo, que mira hacia abajo.

—¿Qué pasa, qué hay? —le gritan.

—Confites —responde Edgardo con malicia.

Algunos pelaos suben apresurados al corrillo. Los “armados” y las “ruedas” se despachan en cinco minutos. De esa manera algunos embolatan el hambre, el frío y la vida. La tribuna es una porción de Colombia en tierra lejana.

Marcelo nació en Montevideo, es un baterista de pelo largo y pañoleta. Tiene unos cuarenta años y hace veinte se cansó de todo; agarró sus cosas, sus seis perros y se metió en un Volkswagen escarabajo. “En un *fusquinha*”. Se vino para Chuy y vive aquí desde entonces. Trabajó como mesero e hizo mil cosas, pero ahora tiene un puesto de comidas rápidas al borde de la carretera. Empezó con un carro de hamburguesas, pero se le creció el negocio y tuvo que meter el carro en un local con mesas y ayudante. Mientras nos prepara una empanada de *humita*, Marcelo, que no pierde oportunidad para reírse de su propio humor, trae a colación el chiste de los mandatarios reunidos en México que se van a tomar un tequila y el pre-

sidente de Colombia esnifa la sal. Ríe hasta el fondo dejando la boca abierta, buscando complicidad con la mirada. No puede parar de hablar, debe estar acostumbrado a conversar con forasteros. Cuenta que gozó como nunca con el cinco-cero a Argentina. Luego, antes de su próxima estocada, se asegura de que no seamos hinchas del América.

“No te imaginás lo que disfruté el gol de Aguirre, no porque tenga nada contra el América de Cali sino por Falcioni. Ese día que Peñarol le ganó la final de la copa, después del gol, Aguirre le decía a Falcioni en el suelo: ‘baboso, sos un baboso’. Los argentinos son unos babosos, che”, dice Marcelo. Después de una pausa, en la que la humita entra a la fritadora, vuelve al ataque. “Hace poco pasaron por aquí otros colombianos, hinchas del Atlético Nacional... Divinos”.

En el par de días que estuvieron en Chuy los hinchas verdolagas se esforzaron para que no los olvidaran. Entraron de manera ilegal, sin documentación, y los que la tenían ni siquiera hicieron sellar sus pasaportes. Cuenta Marcelo que robaron un supermercado y algunos locales de la Avenida Brasil, una doble calzada que funciona como frontera y zona comercial libre de impuestos. Eran entre diez y doce pelaos. Ya entendemos por qué una vendedora de ropa nos miró con miedo y desconfianza cuando le preguntamos dónde quedaba la Terminal. En este pueblo pequeño y caliente, donde todo existe en función del movimiento fronterizo, el paso de la tropa colombiana fue como el de unos piratas de otro mundo.

Un vendedor de *panchos* nacido en Chuy, con aspecto de beatle, sesentón, pelo sobre las orejas y capul, también se alertó cuando nos escuchó el acento. Era de noche y hacía unos minutos había sacado su carrito de perros a la calle. Cuando le dijimos que éramos colombianos alguna cosa le tuvo que haber apretado el pecho. Su trato era cercano pero cortante, como midiendo el aceite. “¿Qué le echás al panchito?”. “Mostaza, salsa de tomate y papitas”. “Ahora está de moda la papita, la papita, todos quieren con papita”. Mientras preparaba los panchos, y después de cerciorarse de que éramos un par de viejos casi como él, dejó salir su indignación y sus quejas.

“Está muy mal lo que hicieron sus compañeros, yo sé que ustedes no tienen que ver, pero estos colombianos son una plaga, se metieron con la gente, robaron el supermercado, se drogaron en el parque, todo mal”. Estaba tan descompuesto “el beatle” que logró hacernos sentir culpables. En cambio para los hinchas nómadas pasar una noche en el calabozo con golpiza incluida fue una anécdota más de sus aventuras por el continente. Las imágenes del noticiero charrúa mostraban piernas moradas, contusiones en los brazos, pieles enrojecidas. Lo que se sabe es que doce policías uruguayos los retuvieron sin orden judicial y los adentraron cien kilómetros hasta el peaje Garzón. En algún momento se produjo el maltrato y los hinchas denunciaron con Edgardo como vocero. Varios policías fueron procesados, al igual que dos colombianos sindicados de robarse un chaleco y un aparato de comunicaciones de la comisaría.

Marcelo tiene razón: divinos, unas bellezas todos. Antes de que salgamos de su local, con la humita empacada, hace el último chiste: “¿Y no me trajiste nada de Colombia?”, y suelta una carcajada, otra vez la boca abierta un rato, buscando complicidad con la mirada, y remata el número con la mano cerca de su nariz, simulando que se da un pase. “Chao querido”.

No sé de dónde diablos sacó un hinchita verde un cubito de hielo pero lo ex-

trajo de su boca y lo lanzó con fuerza a la tribuna vecina, donde está la gente del Nacional uruguayo, a unos quince metros. Separadas por una franja de vallas y robocops, las hinchadas se alcanzan a gritar cosas y se retan con gestos entre pendencieros y burleteos. Edgardo recoge sus brazos y aletea como un ave. “¡Gallinas hijueputas!”, les grita ante la impavidez de los policías. “¡Sicarios colombianos!”, responden desde la otra orilla. La barra brava rival está al frente, lejos, con la cancha de por medio, y aun así opaca los cantos verdolagas con sus coros y tamboros. Pero aquí no se para de cantar en medio de la fumata y la alharaca. La espera y la noche traen hambre y sed pero no hay opciones ni de pegarse de una canilla. La fiesta está prendida, han llegado más hinchas y calculo que en total somos ciento cincuenta. Hoy hay que ganar como sea y la hinchada lo refleja.

Tres flacos blancos e imberbes suben a lo alto de las gradas para tomarse una foto, tienen una bandera que dice “Poto”.

—¿Quién es Poto, un parcerito?

—Es el barrio de nosotros, queda en una colina en lo más al sur de Bogotá.

—Parce, ¿y qué, se siguen para Rosario?

—Volvemos a Brasil y ahí viajamos a Rosario, acá nos va mal: de diez personas a las que le pedimos una nos da; allá en Porto Alegre nueve de diez nos dan. Nos podemos hacer cien reales en un día”. Y sentencia: “Póngale cuidado que la Copa Libertadores nos va a dejar en Brasil, listos para el Mundial”.

Los rolos vuelven a la parte baja. En ese momento, un señor de delantal entra a escena con una canasta cubierta con una tela delgada. Adentro lleva unos pasteles humeantes de carne y de queso, unificados en bolsas listas para ser consumidos. Son como una hojuela redonda y rellena del tamaño de una arepa clásica. A Edgardo casi se le salen los ojos cuando los ve. Bastan unas miradas para que sus amigos rodeen el vendedor y pregunten por precios, receta y sabores. El señor responde con la canasta en la mano mientras Edgardo, agazapado atrás, intenta robar un pastel. Operan con una seguridad y una pericia innatas. Después de varios enviones, en los que los dedos de Edgardo apenas rozaban las bolsas, logran el raponazo. En menos de un segundo el pastel ya está en manos de otro compinche. El vendedor lo sabrá más tarde, cuando cuadre caja. Se da media vuelta y sale, nadie le compra, unos por no tener plata y otros por no atraer a las hienas. Miro hacia atrás y Edgardo tiene la boca llena, cagado de risa no puede masticar bien el bocado que le sacó al pastel. Los otros también disfrutaban del botín y se chupan la grasa que les queda en los dedos. Tribu que una noche caza junta pero a la siguiente no se sabe.

Cuando salen los equipos al gramado, buena parte de los hinchas, sobre todo los viajeros, bajan y forman un núcleo de aliento. Los veo saltar y cantar. Hay uno en silla de ruedas que bajan y suben en hombros. Al minuto 65 celebrarán a rabiar un gol de Cardona a pase de Medina. Cuando se acabe el partido, mientras espera media hora a que salga la gente de El Bolso, Edgardo bailará en su puesto, feliz por el triunfo de visitantes. Otros hinchas les gritarán cosas a los rivales que salen con la mirada en el piso. No habrá ningún tipo de incidentes afuera del estadio. Caminando me daré cuenta de que me sobró un puñado de monedas. Caminando pensaré que no las necesitan. Son unos sobrevivientes entusiastas, de espíritu aventurero y suicida, dispuestos a hacer lo que tengan que hacer para seguir acompañando al equipo que llevan en sus trapos y en su cuero duro. UC



calendario que los puede poner a viajar de Lima a Sao Paulo en ocho días. Y casi siempre duermen donde los barristas de otros países, con quienes tienen contacto por Facebook.

“Los de Gremio nos prestaron dos casas para que durmiéramos todos. Los de Colo Colo y los de Alianza Lima en Perú nos han recibido. Con los de Banfield o Nueva Chicago en Buenos Aires siempre tenemos donde llegar; pero, por ejemplo, en Bogotá no nos la llevamos bien con la gente de Racing, y Los del Sur de Medellín sí la van bien con ellos, ahí es diferente”. Sobre los demás hinchas verdes, dice que son varios grupos los que viajan y unos llevan más tiempo que otros. En sus banderas está escrito el lugar de donde vienen: Ipiales,





Jaime Tarazona
República de Bananas (fragmento)
Instalación
2001.

Esta obra hace parte de la exposición *Contraexpediciones. Más allá de los mapas*, que estará abierta hasta el 30 de junio en el Museo de Antioquia.

LA PRIMERA FLORACIÓN

por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina



En la semana de la antioqueñidad se hace un desfile por las calles próximas al colegio. No es un desfile muy grande, pues Las Nieves es un colegio pequeño que funciona en un edificio de seis pisos. A veces me imagino que es un hospital y cuando estoy en el descanso, sentado en mi banca, es como si estuviera en Policlínica esperando a un amigo al que le están cosiendo unos puntos. Tiene ascensor, pero nunca lo uso.

Durante el desfile se exponen los símbolos del colegio y silletas hechas por los estudiantes con florecitas de papel. La gente se asoma a los balcones de las casas, los perros ladran y los niños gritan de una acera a la otra. Por unos minutos se rompe la rutina de la mañana. Ese año (dos mil trece) el rector llevó la silleta con la que ganó un premio en la Feria de las Flores. Casi terminando el desfile, como a media cuadra del colegio, conocí uno de los guayacanes más hermosos de Medellín. No estaba florecido, pero su tronco recto y grueso, y sus hojas verdes, me remitieron a la juventud saludable y ociosa. Desde el balcón una señora me confirmó que efectivamente se trataba de un guayacán, le dije que estaba muy bonito y ella, orgullosa, respondió que muchas personas venían a tomarle fotos y me ofreció unas semillas. Le dije que en otra ocasión, que cualquier día, también yo, vendría a tomarle fotos.

Terminó el dos mil trece, y el dos mil catorce, apurado, como si estuviera cagándose, con sus zancadas de corredor keniano, nos puso en abril. Hace poco estuve con los papás del árbol, don Conrado y doña Guillermina. A ella la encontré en la acera y me invitó a entrar. “Hable con mi marido, él le cuenta todo lo que quiera saber sobre el árbol”, dijo.

Sentados en la sala, pequeña y acogedora, don Conrado hace sus cuentas y concluye que el árbol tiene treinta años. “Porque llevamos cuarenta años viviendo aquí”, dice. Sé que su mente se mueve buscando los recuerdos. Si le quito todos esos años, queda un hombre joven, casi igual a su hijo Juan Fernando, que entra y sale, y en más de una ocasión mete la cucharada. “Los vecinos que vivieron en la casa de abajo –continúa don Conrado– querían cortarlo, era una gente que venía de Guarne y no les gustaban los árboles, a casi nadie le gustan. Decían que los árboles sirven en el campo, pero que en la ciudad son un estorbo. Fíjese, gente del campo hablando así. Por eso me preocupaba que le echaran

un veneno y lo secaran, muchos árboles han muerto así, envenenados. Y esa gente vivió allí cuando nosotros llevábamos diez años de casados”.

Me cuenta que todos los adolescentes de la cuadra siempre han visto ese árbol, crecieron con él. Pero los adolescentes tampoco aman los árboles, aman las *tablets*, los celulares, se aman fugazmente entre ellos. O quizá sea que en el fondo los llamados adultos no los entendemos. Eso de la adolescencia nos ocurrió hace tanto que cuando intentamos volver a ella a través de los recuerdos nos pasa lo que a don Conrado con los suyos: están enredados, lo que parece más allá está más acá.

“Treinta años, o quizá más. Pusimos la semilla en una bolsita con tierra y ahí fue creciendo, luego lo sembramos donde ha estado siempre. Los vecinos se quejan por las hojas, dicen que es basura. Hasta que cualquier día, Dios no lo quiera, a alguien se le dé por secarlo”.

En ese momento entra doña Guillermina, que ha estado en la acera, sentada bajo el guayacán conversando, mientras Juan Fernando, su hijo, arregla o limpia una moto. Pregunta si no me han brindado nada y hace un gesto que millones de mujeres repiten en el mundo todos los días y que traducido sonaría a algo así como que los hombres no saben atender a una visita. Va a la cocina, que se ve al fondo, limpia, ordenada, y regresa con un vaso lleno de jugo de mora. La pongo al tanto de lo que hemos conversado.

“Lo sembramos cuando Juan Fernando tenía doce años, así que debe tener veintiuno. Me acuerdo porque una amiga, Maruja, que vive aquí arriba, en la 41 con la 85, me lo regaló en una bolsita negra. Es hijo de uno que ella tenía y al que los vecinos envenenaron. Estos árboles sueltan las semillas y ellas caen a las mangas y germinan. Aquí, en cualquier pedacito de tierra donde cae la semilla, germina. Hay hijos de este árbol en Amagá y en Barbosa”. Don Conrado ha estado callado todo el tiempo, cavilando, haciendo cuentas sobre la verdadera edad del guayacán. “Aquí han estado los de EPM tomándole fotos, y a muchas personas, como a usted, les parece un árbol muy bonito”, continúa doña Guillermina. “Pero tiene muchos enemigos. Más de un vecino nos ha pedido que lo cortemos porque hace mucha basura. Por eso nos da miedo que le echen veneno y lo sequen”, dice.

Y me acordé de un perro que tuvo mi abuela en Cartagena, un perro que

se llamaba Delatur y al que le gustaba mucho la calle. Mi abuela vivía preocupada todo el tiempo porque algún vecino maldadoso podía envenenarlo, o golpearlo, y en las noches, cuando estábamos en la sala, Delatur se le montaba en las piernas y mi abuela ponía esa cara de preocupación, la misma que puso doña Guillermina cuando hablaba de la posibilidad de que a algún vecino se le diera por envenenar al guayacán.

Les pregunto cuando ocurrió la primera floración. Don Conrado parece

haber quedado fuera de combate, cavila y guarda silencio. Es su esposa la que dice que esto ocurrió en el dos mil; y cuenta que tienen hijos en Estados Unidos y que para esa fecha su esposo viajó. “Nos fuimos de madrugada para Rionegro a llevarlo y cuando regresamos todavía era temprano y me acosté. Estaba aburrida porque él se había ido. Cuando me levanté y abrí el balcón el árbol estaba lleno de flores. Fue su primera vez”. Se me vino a la mente la imagen de José Arcadio Buendía,



MUSEO D ANTIOQUIA

Sin plata pero con oro

un personaje tan real como el sabor de las moras, y el día que en Macondo llovieron flores amarillas y había tantas que el ataúd apenas si podía avanzar, abriéndose paso entre tantos pétalos. “Fue la vez que más flores ha echado”, remata doña Guillermina. Miro a don Conrado, que parece todavía estar sacando cuentas, y le digo que fue una bonita despedida, pero parece no entender y no insisto.

Seguimos conversando de otras cosas. Me preguntan por el colegio y les digo que todo va bien. En algún momento doña Guillermina empieza a recordar su infancia, los días de la escuela, y recuerda a una maestra muy buena que tuvo, Doña Hermilda, y millones de segundos antes de que

aparezca la siguiente frase sé que vamos a terminar hablando de Pablo Escobar, un personaje que se metió en los huesos de los medellinenses como un resfriado.

Nos despedimos. Les prometo que volveré a tomar unas fotos: espero que estén los tres en el balcón, digo. En la acera está Luisa Zapata, una niña de octavo que sabe que las cosas conmigo no van tan bien como dije. Al día siguiente, cuando entro a 8° B, veo reproche en su mirada: “Anoche pasó cerquita de donde estaba mi mamá y no la saludó”, dijo. Sé que por mucho que le explique no me creerá, nunca me creen, ella y otros treinta y cinco estudiantes más están al frente, cada uno con su escudo y su lanza, dispuestos al ataque. UC



Pfff, puro chisme. Un cuento casi absurdo. Una historia que solo se puede catalogar de tradición oral porque parecía que no había quien la confirmara oficialmente. Es que era imposible: el Museo de Antioquia fue una mina de oro. Y es verdad.

Pasó en los primeros años de la década del 50, cuando todas las Casa de la Moneda del país se fueron a Bogotá, por lo que el local de Medellín quedó vacío. Las directivas del Museo lo pidieron, pues la institución llevaba años sin sede propia, y el Banco de la República, dueño de ese espacio, se lo otorgó. La Casa, por las necesidades de seguridad que requería, parecía una cárcel. Había que remodelarla pero no había con qué.

Y pasó lo que nadie pensó: el Museo estaba parado en la plata. O mejor, en el oro.

Antiguos directivos de la Casa de la Moneda informaron que el edificio estaba lleno de residuos de oro por los trabajos que allí se hacían. Todo tenía oro: hornos de fundición,

paredes, techos, tuberías, desagües... Había que sacarlo.

El ingeniero Jaime Ramírez se ofreció a contratar y dirigir a los mineros que trabajarían en el Museo. Él no cobró nada, pero a los obreros sí había que pagarles, por lo que se convino que la mitad del oro extraído sería para ellos, y la otra mitad para el Museo.

Desde el primer día fue sorprendente. Cada tarde llegaban empleados del Banco de la República a recoger el oro para guardarlo. Cuando terminó la extracción, fue llevado a la fundición Gutiérrez para convertirlo en barras. Parte de la remodelación se hizo con este dinero, y el Museo se trasladó allí en 1954. Permanece el edificio, con el nombre de Casa del Encuentro.

Así lo recuerdan quienes vivieron la época. Y queda una corta memoria de esto escrita por Teresa Santamaría de González, directora de la junta directiva del Museo en ese entonces, en un pequeño libro del que quedan pocos y perdidos ejemplares en la ciudad.

www.museodeantioquia.co



Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A N° 43E-5 · 3er piso · 301
Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

+info
f/Vegardianos



Una deliciosa experiencia para el gusto y los sentidos. Comida gourmet, preparada con ingredientes naturales.

Domicilios

366 2289
Nueva Villa de Aburrá
CII 32B 81-41

TE HABLO DESDE LA PRISIÓN

Selección de
ANDRÉS DELGADO

Ilustración: Tobías



Durante la primera clase, en la presentación del taller de narrativa en la cárcel, uno de los alumnos alzó la mano. Preguntó si íbamos a escribir ficción o realidad.

—Historias reales —contesté.

Y alguien contestó al fondo:

—¡Oyó, pana! Para que escriba todas las violaciones que ha cometido.

Todos soltaron la carcajada. Y yo también. Claro, más por los nervios, pensando en dónde diablos estaba metido. Luego supe que había sido una broma para medirme.

Días antes, un amigo me preguntó muy preocupado qué iba a leer en ese taller.

—Crónica roja —contesté—, que los enganche y aprendan algunos trucos narrativos.

Durante esa primera clase, desde su silla, otro de los discípulos me miraba con violencia. El hombre no me creía ni una sola palabra. Por más que me esforzara, no lo convencía. Era uno de los míos, pero él no lo sabía. Hablé y gasté bromas hasta que le saqué una sonrisa. Supo que yo era uno de los suyos.

Al finalizar esa primera sesión les propuse escribir sobre un episodio de su vida. A la siguiente clase revisamos las tareas. El primero leyó la escena donde apuñaló a su mujer y al amante, cuando los encontró encamados. Y terminó con la voz temblorosa: “Por eso estoy en la cárcel y si volviera al pasado, lo volvería a hacer”. Nadie dijo nada. Ni yo. El mismo preso gritón dijo:

—¡Van a traumatizar al profe!

Y otro remató:

—Sí, porque mientras menos sepa, más vive.

Entonces me regué en cantaleta. Dije que en el taller nos interesaban las historias conmovedoras, entretenidas y reales.

—Acá no nos importa si la vaina estuvo mal o bien hecha.

Explicué lo que Wilde ya dijo: al arte no le interesa la moral. Esa historia nos había dejado en vilo, así que funcionaba. Además, dije, así es la mecánica del taller. Yo esperaba que me contaran sus historias, las más terribles, pero también las más graciosas o las más tiernas.

Así que, dejando por fuera muchas historias y autores, —son veintiocho mis aprendices—, la siguiente es una muestra de lo que se escribió:

UC

El robo perfecto que se cayó por el color

Por Darwin

Un día salí con mis amigos a robar y escogimos un supermercado en el sur del Valle de Aburrá. Llegamos y adentro estaban la dueña y el dueño. Lo habíamos planeado con tal perfección que hasta el tiempo nos favoreció y se largó un aguacero el hijueputa. Lo mejor para robar.

Nos posicionamos. Mi compañero Marito cogió a la vieja. Cachi al viejo. Yo el fierro. Coronamos 180 mil. Llegamos al carro y gol. Nos fuimos y a las diez cuadras nos capturaron. El carro en el que íbamos era verde fosforescente, único en su especie. Y acá estamos. Chimba el color para robar tenía el carrito.

Tombos torcidos

Por Johann

Después de un día largo de trabajo, llego a mi casa a guardar el taxi y a descansar. Había un carro vecino que me impedía parquear. Agotado, le timbro a mi esposa para que vaya y hable con el vecino. Pasan veinte minutos y no baja nadie para correr ese carro. Ya empezaba a estresarme, el cansancio me dominaba. Mando a mi hijo para que acose. Después de esperar más de cuarenta minutos por fin aparece el vecino, pero con tono alto y grosero me pregunta qué quiero. Le pido el favor me mueva el carro. El vecino me insulta. No aguanto más la ira y subo a mi apartamento por el fierro. Cuando vuelvo, de una patada le quiebro la farola a su carro y disparo, pues el vecino quería agredirme. Después del tiro, todo parece calmarse. Subo al apartamento en medio de la adrenalina. Quince minutos después llega la policía a buscarme. Hablo con ellos y transamos: les doy el fierro y doscientos mil. Borrón y cuenta nueva. Pero la transacción no salió como esperaba. Me recibieron el fierro, el dinero, me pusieron las esposas y me detuvieron. Estoy acá por porte ilegal de armas e intento de homicidio. Como les digo: mejor la seguridad que la policía.

Los admiro

Por Alexander

Llegadas las 8:00 a.m. del 7 de agosto de 2013 fuimos a nuestro trabajo y nuestras obligaciones. El viejo nos dio la tarea del día: un carro NPR, o una NQR, modelada y bien tratada. En el primer barrido por la ciudad no vimos nada. Después del almuerzo vimos el carro que necesitábamos. Inmediatamente salimos con el propósito de hurtarlo. Lo seguimos. Más adelante, el carro objetivo se parquea para descargar y nosotros esperamos, cada uno sentado en una acera, como quien espera un bus. Mirábamos al conductor y al ayudante. Cuando terminan de descargar, tres de nosotros vamos, cada uno con una misión. Nosotros tenemos técnica. Cuando el chofer se va a subir, ‘El Cabezón’ lo intercepta y le pregunta para dónde va. Mientras El Cabezón controla al conductor, ‘La Perra’ va por el otro lado y le dice al ayudante que no se suba, que nosotros somos los que mandamos por acá y que necesitamos el carro para hacer una vuelta. Se le comparte la misma información al chofer y se le dice que ponga el carro en dirección de bajada. Hay intimidación con palabras: “Cuidado pues, si no copian, ustedes ya saben, tranquilos que la vuelta no es con ustedes”. Les decimos que el carro se los vamos a devolver en dos o tres horas. Les preguntamos si ya almorzaron. Ellos dicen que no. Mientras otro se va con el carro robado, nosotros dos vamos en un colectivo con las víctimas para El Metro, a un restaurante. Nos encontramos con unos policías en una esquina y el ayudante comienza a gritar “policía, policía”. Nos capturan y nos piden las armas. Le digo al agente que nosotros nunca trabajamos con armas. El agente se ríe y nos dice: “Uff, los admiro”.

Otra víctima de la justicia de este país

Por Gabriel

¿Por qué estoy acá? Resulta que el 12 de enero de 2012 le solté a un man una mercancía: veinte computadores, cincuenta mouse y cincuenta teclados. Soy comerciante. De ahí en adelante ese malparido se desapareció y no me pagó. El año pasado, en agosto, un amigo que trabaja en PC Azteca, me llama y me dice que ese man está trabajando allá. Estaba preparando su próxima estafa. Pude hablar con el ladrón y me dijo que me iba a pagar, que le diera hasta el 25 de noviembre. Ese día nos encontramos en Mayorca a las dos de la tarde. Me iba a pagar cinco millones y le quedaban faltando otros diez. Me encontré fue con su hermana y le dije que ese man me tenía que terminar de pagar, que me tenía muy perjudicado. Me paré para irme cuando otro man me dijo "quieto" y yo creí que me estaban fleteando. Para mi sorpresa, me estaban arrestando por extorsión. Yo les dije que tenía la letra y la factura de esta plata. Me dijo "en la estación muestra todo". Eso fue en noviembre y ya estamos en abril y acá sigo encerrado. Con la ayuda de Dios salgo en junio, en la próxima audiencia, ya que los demandantes se desaparecieron.

Robando con sedantes

Por Jorge

El 24 de febrero de 2013 salí de mi casa a las 8:00 a.m. Mis compañeros y yo íbamos de robo. Necesitábamos un camión NPR. Compramos el sedante para dormir al chofer. Luego nos fuimos para la zona de camioneros y escogimos el carro y la víctima. Lo contratamos para hacer un trasteo Guarne-Medellín. Yo era el encargado de darle la toma. Salimos rumbo a Guarne por la autopista. Mis compañeros iban atrás en un carro particular para recibirme el chofer cuando estuviera dormido. Pasamos el peaje y lo invité a tomar jugo de mango. Paramos y compré los jugos. Puse el sedante: quince pastillas para dormirlo dos días seguidos. Llegué con los jugos y cuando se lo iba a entregar pasó una motorizada de la policía. Me llené de nervios. Todo me temblaba. La víctima me recibió y se tomó su jugo y me tomó el mío. Desperté muy campante a los dos días en mi casa. Confundí los jugos viendo a la policía y me tomé el que no era... A veces se gana, otras se pierde.

Robando a la mujer de mi amigo

Anónimo

El 22 de noviembre de 2013 me levanté con ganas de hacer un hurto que estaba pensando hace días. Llamé al socio y quedamos de encontrarnos en el Centro. Salí a la 65, cogí un bus y me bajé cerca del Parque Berrío. Me acordé que por ahí cerca trabajaba una veterana con la que salía, antes del otro canazo. Pasé a saludarla y se puso lo más de contenta. En esas llegó el socio y me recogió. Me dijo que estaba muy mal de plata. Repasamos el plan: la novia trabajaba en un GANA y salía con la plata del producido. Salía por los lados de San Juan. Eso fue un viernes, el día que juega la Lotería de Medellín. Ella salía con un vigilante, un montañero de rula en la cintura. Recorrí la zona y todo era muy fácil. El socio me preguntó si tenía fierro, y yo por el afán le dije que sí. El "inicio" (personaje que comienza el robo) me explicó que si quería cogía a su novia caminando, o en el bus, que a esa hora es más bien solo. Bueno, me paré en la tienda que había al frente y mientras esperaba hablaba con la mamá de mi hija. En esas salió la pelada con el vigilante y fueron hasta el bus. Yo tenía "arrastre" (personaje que espera para recoger al ladrón y emprender la fuga), pero él iba adelante, y yo caminando detrás de la pelada. En la calle, antes de cruzar, me paré al lado de los dos. Miré al vigilante con ese machete y me cagué porque yo con un cuchillo iba a perder la pelea. Bueno, ella se montó al bus y yo también. Pensé en cogerla. En el bus iban mantecas y albañiles. Llamé al "inicio" y le pregunté dónde se bajaba la "prima", o sea su novia. Me explicó y me dijo que no la podía dejar entrar en la casa. Cuando ella se bajó del bus, yo también lo hice y de una me tiré a abrazarla, pero ella más ágil se agachó. La cogí por el cuello de la camisa. Le dije "quieta piroba o la mato". Ella me mamó gallo y a mí me dio una rabia que saqué el cuchillo y ella me entregó el bolso. Salí corriendo donde el "arrastre". Yo iba muy asustado. Tenía solo doce días en la calle, luego de pagar treinta meses de un canazo. Nos fuimos al Parque Lineal de Robledo y llamamos al "inicio". El hombre nos contó que estaba con la hembra poniendo el denuncia. Ella le contó todo y dijo que había visto al man al frente del GANA antes del rollo.

Mi descache

Por Coli

A las 6:30 de la mañana, del martes 4 de febrero del 2014, me dirijo a llevar a mi esposa a su trabajo. Luego llamo al socio, nos montamos en el carro y el hombre me dice que hay un pedido: una "carevaca" por la que nos dan cuatro millones. De una, le dije, vamos para Sabaneta. Entrando al pueblo vimos una carevaca blanca parqueada en la calle 76 sur con la 43, toda empantada de barro naranja. Le digo al socio: "cuando Dios no viene, manda al muchachito, ese carro no es de acá, de ese barro no hay en Medellín, déjeme acá y me las canta si ve algo raro". Salgo caminando y antes de abrir la carevaca me encomiendo a la virgen. Abro la puerta del carro. Cuando me estoy montando pasa una moto de los tombos. Sin embargo, me monto. Qué iban a saber ellos que yo no era el dueño. Prendo el carro y lo saco hacía adelante. Para mi mal, los polochos estaban en la esquina. Miro y veo a un man brincando y gritando que le estaban robando su carro. Yo sigo adelante. Miro por el espejo y veo al polochito muy cerca. Parqueo, me tiro del carro, salgo a correr y el polochito me pela la pistola y me dice "quieto, no se mueva". Yo tenía un bolsito TOTO, me dice "las manos quietas", yo le digo "suave, que no estoy armado". Me pone las esposas y me requisa. Llega el dueño más pálido que yo y no me encuentran nada. "¿Con qué prendió el carro?", preguntan. "Con las llaves de mi carro". Pero ellos encuentran las cuatro plumas con las que abrí y lo encendí. Me llevan al comando de la policía, le toman el denuncia al man y luego llaman a mi casa. Para ajustar contesta mi suegra. Ahora mi esposa está como una mapaná, ella no sabía que yo robaba carros. Supuestamente yo trabajaba en un almacén de repuestos en La Balladera. Dios me ayude a salir de esto pronto, porque no la quiero perder. Muchas gracias por escuchar mi descache.

Qué canazo

Por Anderson

Me encontraba un día meditando en el balcón de mi casa, después de haber pagado un canazo largo del que salí muy prevenido. No sabía si seguir delinquiendo o relajarme y trabajar como la mayoría. Me dio por ir donde los amigos de la vieja guardia. Con ellos no hablaba desde hacía mucho tiempo y fui bien recibido. Uno de ellos me propuso que trabajara vigilando una obra de construcción, para que fuera despegando. Empecé a trabajar y a conspirar. La buena suerte estaba otra vez de mi lado. Me estaba yendo muy bien, tanto que conocí al amor de mi vida: la hija del patrón. Nos enamoramos como locos. Empezamos una relación estable hasta que me cansé de la rutina y el pasado volvió a cobrar vida. Bajo cuerda me pegaba unas fiestas maquias, o sea muy chimbas. Mantenía mucho dinero. Mi mujer estaba muy aburrida porque cambié de actitud. Un día iba por el Centro y unos tombos pararon una valija que iba delante de mí. Lo requisaron y le pidieron cédula. Me cogió el reflejo, pero no conté con tanta suerte como la valija. Me salió una orden de captura y me llevaron para Bellavista. Mi mujer se dio cuenta de la clase de persona con la que estaba. Quedó muy defraudada al saber todos mis antecedentes. Pero empezó a marchar, o sea: a ir cada ocho días a la cárcel. Ella nunca había entrado a una cárcel, pero lo hacía por el amor que me tenía. Nos apegamos muchísimo. Cuando salí, ella quedó en embarazo, pero yo volví a fallarle. Me volví a caer faltándole tres meses para tener nuestro bebé. Es lo más duro que me ha pasado después de la muerte de mi hermano y mi padre. El remordimiento era muy grande. Se me volvió en un triple canazo. Ella no quiso estar más a mi lado y la entiendo. Había salido otra vez de Bellavista. Tuve la oportunidad de estar con mi bebé y mi familia. Estaba recuperando mi hogar. Pero duré muy poco en libertad: veinte días. Qué caída de carriel. Quedé frío. Estoy solo. Estoy mal por haber desaprovechado la oportunidad de estar con mi familia.

¿Por qué estamos acá?

Por Jhon Pierre

Estamos acá porque no hay otro refugio donde escondernos.

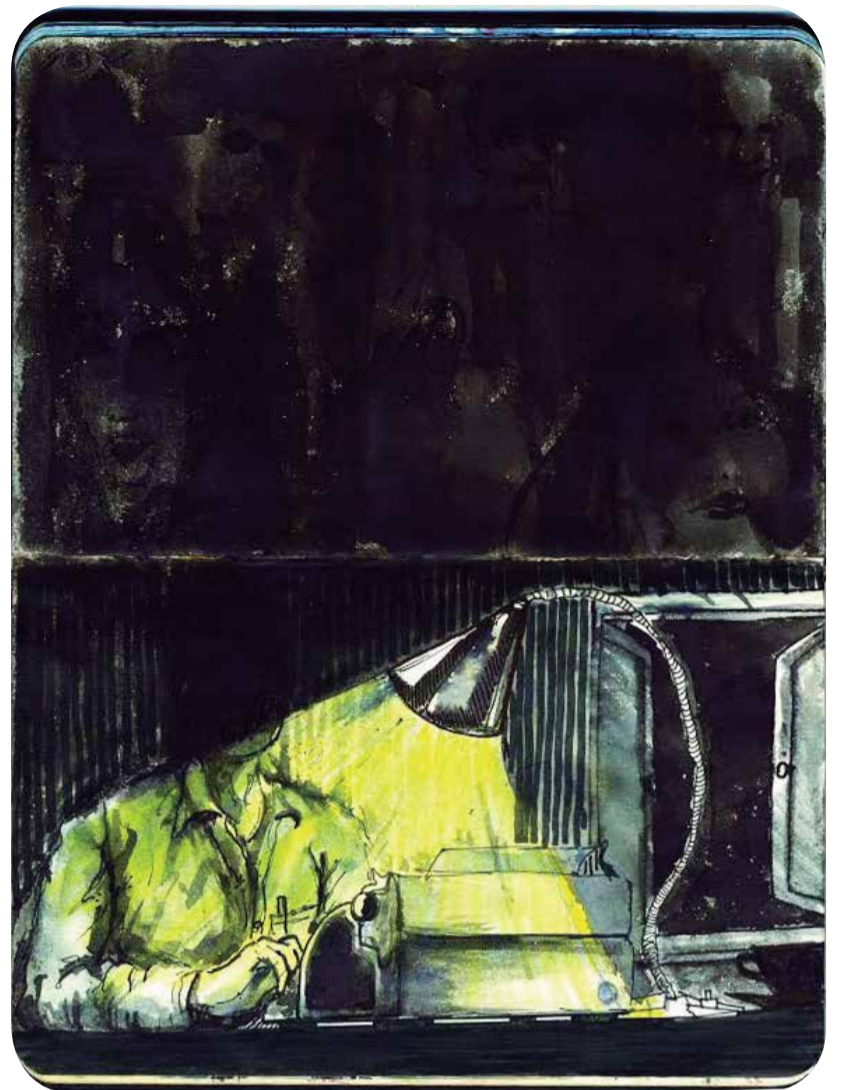
Hay tipos curiosos por los papeles de las notarias, los juzgados, las Cámaras de Comercio, las oficinas de registro. Hablan con los recién salidos y los recién salvados. Esculcan y desconfían, como virtud y enfermedad. Fabio Castillo, autor de *Los jinetes de la cocaína*, fue un enemigo agazapado contra la mafia. ¡Está vivo!

Reportero sin rostro

Entrevista a Fabio Castillo

por MARIA ISABEL NARANJO

Ilustraciones: Cachorro



Llevo un año detrás de él. Seis correos electrónicos y cinco llamadas han hecho posible que hoy, 18 de diciembre de 2013, tengamos una cita para una entrevista: “4:00 p.m. Café Luna Lela”. Estoy sentada a unos metros de la entrada del café, pasando la calle, en una de las bancas del Park Way, un parquecito lleno de árboles y tranquilo como su barrio: La Soledad. Me siento esperando a un viejo conocido y de pronto pienso ¿cómo voy a reconocer a Fabio Castillo? Solo se me viene a la mente una foto borrosa que aparece en la solapa de su libro *Los jinetes de la cocaína*, donde se ve a un hombre moreno luciendo esa barba poblada que acostumbraban los intelectuales de los ochenta, con unas gafas de marco grande. Pero esa es una imagen de cómo era él antes de salir en el primer avión con destino a ninguna parte, huyendo de la ira de los carteles de la droga.

La primera vez que escuché hablar a Fabio Castillo fue una mañana de junio de 2012 en *La W*. Ese testimonio me hizo recordar un correo de Alberto Donadio en el que me aconsejaba dar con el escondite de Fabio, un periodista que, según él, Guillermo Cano apreciaba como si fuera un hijo y que sustentaba todo lo que él escribía en los editoriales. “No sé dónde conseguirlo, pero es una voz que no se puede olvidar”, decía el correo. Decidí entonces buscarlo un mes, dos meses, tres meses, seis meses... hasta hoy.

Llamé a algunos amigos que podrían conseguirme algo, un mínimo dato. Me confiaron tres correos a los que escribí pero revotaron automáticamente con el mensaje *Delivery...* Luego acudí a una asociación de periodistas de investigación donde me dieron un nuevo correo que no vino sin el consabido: “No tenemos ni idea de dónde pueda estar”. Lo envié con la retahíla que tenía preparada y cuatro días después apareció en mi bandeja de entrada: “El periodismo de investigación está en crisis porque de tiempo en tiempo tiene que huir de las amenazas de los culpables en las investigaciones, y del miedo por compromiso de los dueños de los medios. Será un placer hablar contigo cuando te apetezca. Fabio. PD: ¿Quién te dio mi correo?”. Esa posdata me hizo reír. No fue tan difícil desenterrarlo.

Fabio Castillo llegó a *El Espectador* en septiembre de 1979. Con veinte años recién cumplidos ya tenía un premio Simón Bolívar, una escuela de libertad en *El Siglo* y se intuía en sus temas un sentido de la justicia que más tarde lo llevaría a enfrentarse cara a cara con los narcotraficantes de Colombia. Ese carácter fue determinante para unirlo a la lucha que desde el periodismo y la plaza pública hicieron Guillermo Cano, Rodrigo Lara Bonilla, Luis Carlos Galán Sarmiento y Manuel Gaona Cruz. Con ellos (y luego sin ellos) emprendió una lucha solitaria en alianza con seres anónimos que arriesgaron su vida para aguarles la fiesta a los narcotraficantes en su pretensión de llevarse por delante la democracia, arrodillando a medio país con su dinero y matando al otro medio con sus bandas.

Juego a adivinar cómo es el hombre que va a llegar a la puerta del café. ¿Será acaso ese de pelo blanco, saco y corbata que acaba de cruzar la calle? Así me la paso durante diez minutos sin atinar con nadie hasta que alguien sube la escalera que conduce al café y llama: “Alo”; “Sí, hola, soy Fabio, estoy en la puerta esperándote”. Es un hombre mediano y tiene unos cincuenta y cinco años, ya no tiene la barba negra y abundante, y su pelo grisáceo delata que han pasado casi treinta años desde la foto que recuerdo. Paso la calle. Él abre sus brazos en señal de bienvenida y entramos al café.

Fabio, podríamos comenzar por...

Comprar una grabadora buena (*lo dice en tono de chiste y sonríe*).

¿Le parece que mi grabadora no sirve?

Pues no le veo el IVA y de pronto es de contrabando.

Pues de pronto sí porque la compré en Monterrey ¿Lo conoce?

¿Monterrey, México? Sí.

No, el centro comercial de Medellín.

Ah, no, si es de Medellín es de contrabando.

¿Usted dónde nació?

No. (*Ese “no” es enfático, duro, y se pone en medio como un muro que hay que derribar*). Yo no hablo sino de temas estrictamente profesionales, de temas personales absolutamente nada.

¿O sea que tampoco habla de su exilio?

Ah, no pues sí, pero salí al exilio y ¿qué?

Siendo así, hablemos del momento en el que llega a *El Espectador*. ¿Por qué llegó precisamente a ese diario?

El tema de don Guillermo era el mismo de Álvaro Gómez Hurtado: la justicia. Él tenía allí a Oscar Alarcón, el que cubriría mis fuentes; pero estaba estudiando derecho en El Externado y no tenía casi tiempo; mejor dicho, yo lo mantenía chiviado y salíamos con la noticia *El Tiempo* o *El Siglo*, y don Guillermo le decía: “Oscar ¿qué pasó?”; y él: “ay es que yo estaba en un parcial” (*se ríe*). Pero don Guillermo apoyaba mucho a la gente para que estudiara, y en lugar de fregar a Oscar, le dijo: “pues convenza a Fabio para que se venga”. Así que me llamó: “Fabio, don Guillermo Cano pregunta si usted se vendría a trabajar a *El Espectador*”. Y yo le respondí: “pues poderoso caballero es don dinero ¿no? Cuente a ver de qué estamos hablando”. Y así fue como empecé a trabajar en *El Espectador* en septiembre de 1979. El salario que me pagaban era de unos 150 dólares de hoy, como 240 mil pesos, por los que casi nos hacemos matar como quince en el periódico.

¿Ser tan joven cuando entró a la redacción de *El Espectador* explica lo que dice Alberto Donadio, que usted era la “ñaña” de Cano?

En la redacción casi todos éramos chiquitos. Don Guillermo era feliz con periodistas que hacían cosas insólitas que no hacían los viejos, que querían estar sentados en sus escritorios interpretando los hechos; lo que nosotros queríamos era descubrirlos.

A usted le ofrecieron irse varias veces para *El Tiempo*, pero don Guillermo Cano no quería, ¿cómo lo convenció?

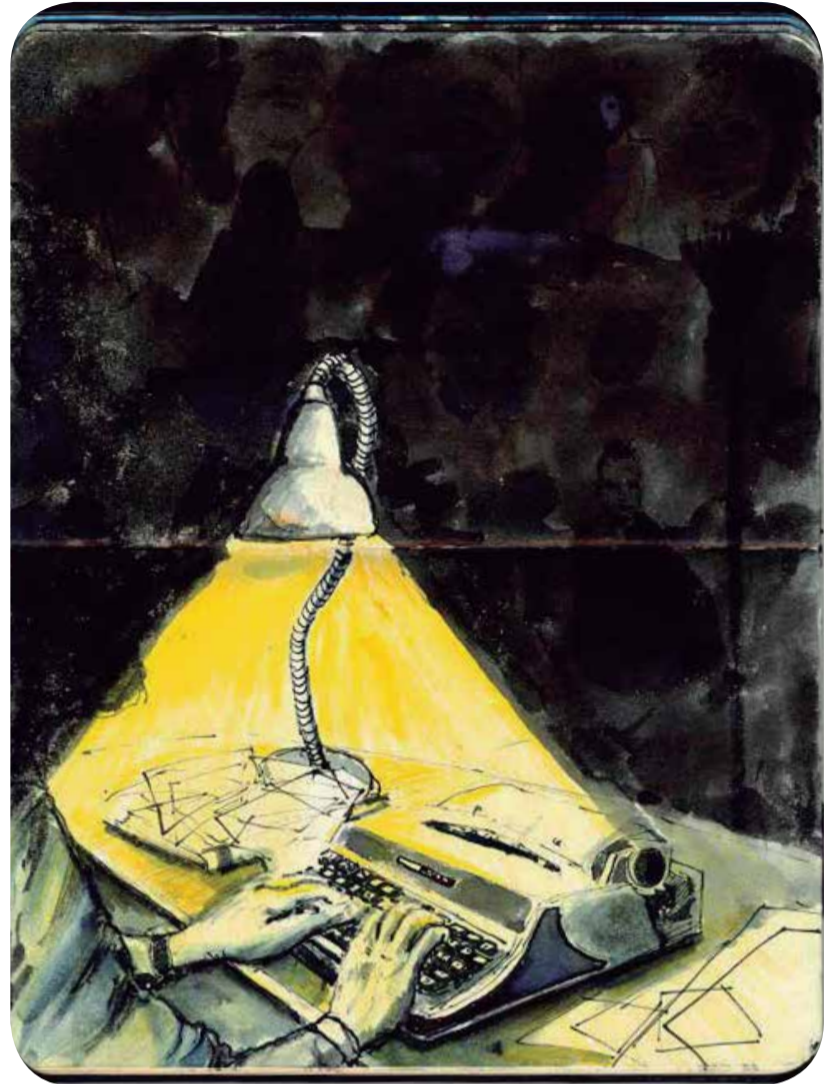
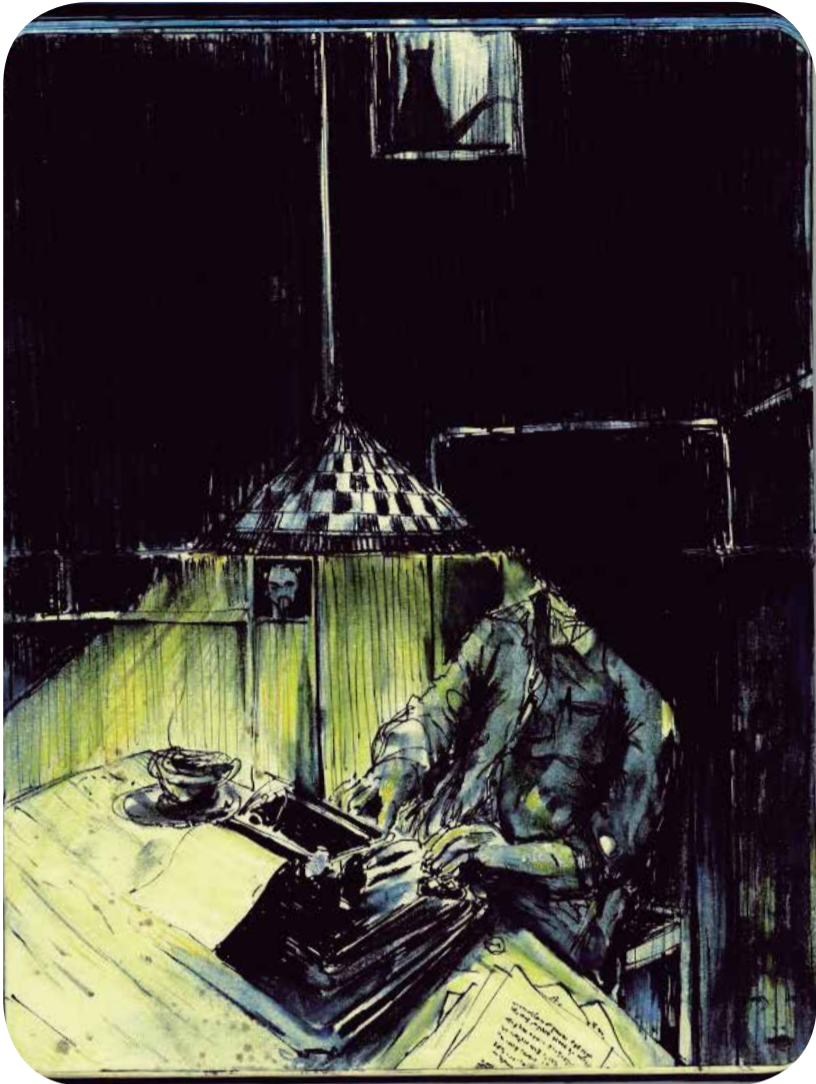
Como don Guillermo Cano no podía igualarme lo que me ofrecían en *El Tiempo*, que era como dos veces más de lo que ganaba, me decía: “Mijo venga y trabaja los domingos y se gana su triple” –porque antes de que existiera Alvaro Uribe Vélez a los obreros les pagaban el triple por trabajar un domingo—. Entonces yo me guardaba hasta ese día una noticia que sabía que no iban a encontrar los otros, y la escribía entre las nueve y las once de la mañana. Pero don Guillermo Cano siempre llegaba el domingo a las 9:30, nos sentábamos a tomar tinto y él me contaba el chisme político y la vaina económica y yo lo de la Corte, el Consejo, los políticos... en esas conversaciones fue donde surgió una comunicación inalámbrica con él, una vaina muy... (*ese recuerdo lo deja sin aire. Inhala, exhala, sus ojos se encharcan, su rostro cambia y dice con la voz entrecortada*: “ah, ¡cheeee!, qué cagada, yo nunca hablo de eso”). Toma agua y vuelve a retomar el hilo) o sea, yo no tenía que sustentarle las investigaciones a don Guillermo, teníamos mucha... como se diría eso... empatía, porque él era un gozón y le gustaba el desparpajo de uno, la falta de respeto a la autoridad.

¿Y por qué se fue de *El Espectador* en 1982?

Me fui de secretario privado del procurador Carlos Jiménez Gómez.

¿Y por qué regresó *El Espectador* apenas un año después?

Pues porque terminó aliado con Pablo Escobar (*se ríe*). Mi oficina quedaba justo al lado de la del procurador. Sobre el escritorio de la oficina tenía una lamparita de esas chiquitas y como un viejito me quedaba a veces hasta las once de la noche pegado de los papeles, leyendo todas las investigaciones,



seleccionando lo que servía y lo que no. Cuando pum, pum, pum, se prendieron todas las luces y entraron como cuarenta tipos, y como en esa época el M19 nos tomó de rehenes dos veces me dije “mierda, otra vez”. Cuando entró el señor Pablo Escobar Gaviria directamente al despacho del procurador. Yo apagué la luz y me quedé calladito, escondido.

¿Qué pasó por su cabeza en ese momento?

Lo peor, y me dije que no había sino una forma de saberlo. Al otro día llegué a las 6:30 de la mañana, el procurador llegaba a las siete. Tan pronto lo vi pasar me fui para su oficina y le dije: “¿quiubo procurador, ¿cómo le fue anoche?”; “bien hombre, estuvo tranquilo”; “¿y dónde estuvo?”; “por allá en una comida”; “¿aquí?”; “no, no, yo de aquí me fui a las seis y no volví”; “mire”; “¿qué es esto?”; “mi renuncia”, y me fui. Salí, llamé a don Guillermo: “don Guillermo, me tocó renunciar”; “¿qué pasó?”; “no, yo no le puedo contar, pero es gravísimo”. Y así fue que regresé.

Y su regreso coincidió con que se metieron de lleno a investigar las estructuras de los jefes del narcotráfico. ¿Cómo lo hicieron?

La controversia dura del narcotráfico empezó en 1982, o sea, fin del gobierno de Julio César Turbay e inicio de Belisario Betancur. En ese momento es cuando arranca Luis Carlos Galán a denunciar el tema de los “dineros calientes”. Aquí siempre nos inventamos eufemismos, pero se trataba de la presencia de dineros de la mafia en la política. En Bogotá nadie se atrevía a hablar de la mafia porque pensábamos que era un fenómeno guajiro, y Juan Gossain ya la había radiografiado en *La mala hierba* de una forma tan sabrosa que nos quedó que eso era de los costeños, que no era serio, que no era nada. Hasta que llega Galán y empieza a denunciar que esta gente está comprando los partidos. Don Guillermo nos explicaba que para él era exactamente lo mismo investigar al Grupo Gran colombiano que investigar a la mafia porque eran dos manifestaciones de un mismo fenómeno: el uno era un señor muy rico queriendo comprar todos los poderes, y los otros, los mafiosos, eran unos nuevos ricos queriendo también comprarlo todo; luego, los dos eran un fenómeno antidemocrático. Por lo tanto, políticamente era válido y periódicamente oportuno investigarlos y seguirlos.

Hablar de narcotráfico es muy difícil precisamente porque lo que se tienen son testimonios, rumores. ¿Usted cómo hizo para publicar sin el temor de que fuera falso lo que le decían?

Primero que todo no era la sociedad de hoy, entonces te puede parecer difícil de creer que haya habido centenares de colombianos que arriesgaron y ofrecieron su vida por ayudarme. ¿Te acuerdas de la foto de Escobar capturado con unos kilos de coca? Ese proceso penal a mí me lo entregaron físicamente y la persona que lo hizo me dijo: “con esto le estoy entregando mi vida”. A los tres días de publicarlo, pese a que no había forma de que nos relacionaran y en esa época no había celulares que le rastrearán a uno la llamada, esa persona apareció muerta. Sin embargo lo hizo porque creía que era un servicio para la sociedad revelar quién era realmente Pablo Escobar. Y todo esto pasó porque entendimos que estábamos a punto de perder nuestra democracia a manos de unos locos que lo único que tenían era plata y ganas de matar gente.

¿Alguna vez lo han denunciado por calumnia?

Fuad Char, el dueño de Olímpica, me pidió una indemnización por cinco mil millones de pesos. Y lo único que dije en la indagatoria fue: “el señor Fuad Char no tiene visa para viajar a Estados Unidos. Aquí está la ley por la cual le pueden quitar a uno esa visa y no tiene sino tres causales. Primera, enfermedad infectocontagiosa incurable; que le hagan un examen. Segunda, que sea miembro de una banda terrorista internacional; yo lo eximo de esa prueba, él no es miembro de una banda terrorista internacional. Y tercero, que sea narcotraficante; eso sí ya le tocará explicarlo a él”. Con eso se cayó el proceso, a él le tocó callarse la boca y retirarse de la política; y ahora tiene a sus hijos de alcaldes, los herederos de los capitales calumniados. Pero nunca le he huido a ningún proceso y nunca he pasado de la indagatoria porque siempre tengo documentos.

¿Recuerda cuántos procesos ha tenido?

No los puedo contar, pero solo he tenido un abogado en mi vida.

¿Usted?

No, uno de verdad. Yo estudié derecho en la Universidad Caótica (*Católica*) pero mamando gallo. Mi abogado es un gran amigo y tenemos una estrategia: yo soy el bueno e inocente, y él es el malo y el cabrón. En una indagatoria yo llego y digo: “todo el mundo dice que ese señor es narcotraficante y yo nunca he visto que él pueda decir que no”; y llega él: “como dice mi defendido, ese señor no es solo un reconocido narcotraficante, sino también un reputado narcotraficante”, entonces se ponen a pelear con el abogado y lo acusan a él, lo joden a él y se olvidan de mí (*se ríe*).

¿En qué momento decidió escribir *Los jinetes de la cocaína*?

No, yo no lo decidí. Las circunstancias lo decidieron. Cuando asesinaron a don Guillermo nosotros teníamos cuarenta cajas grandes con la historia de todos los grupos mafiosos de Colombia, repletas de documentos que nos llegaban de los jueces, los fiscales, los procuradores, los concejos... de todo el mundo. En una reunión que se hizo con los directores de los medios yo propuse la publicación simultánea de las investigaciones que hicieramos sobre el tema en *El Espectador* y todo el mundo aceptó. La situación que se planteaba era que nos querían silenciar y no podíamos permitir eso: “o nos matan a todos los directores o nos llamamos definitivamente”. Así arrancamos ese frente común en el que se publicaba simultáneamente en los periódicos, en la radio y en la televisión.

Publicamos en serio como unas cuatro investigaciones, no recuerdo cuáles. Pero nuestro gran trabajo era la historia del Cartel de Cali, porque estaban haciendo cosas mucho más graves que lo que hacía Pablo Escobar en Medellín. Cuando presentamos a ese grupo una torta donde estaban todas las empresas involucradas con el dinero de los Rodríguez fue un escándalo y todo el mundo salió en desbandada: *El Tiempo*, *Semana*, *El Mundo*, *El Colombiano*... Y quedamos los de *El Espectador* ahí, sentados como unas pelotas preguntándonos: “¿y ahora qué hacemos?”. Pues nada, se acabó. Yo algún día contaré esa historia completa, pero el hecho es que nos quedamos Juan Guillermo Cano, Fernando Cano y yo, y les dije: “yo con esta investigación de más de seis meses sobre los Rodríguez Orejuela no me quedo, pero tampoco les puedo pedir a ustedes que asuman el costo de eso. Yo me retiro, me pongo a escribir y cuento todas estas historias que nos vetaron”.

¿Quiénes le ayudaron a hacer ese libro?

El libro fue el trabajo espiritual y físico de muchísimas personas que arriesgaron su vida, por ejemplo, metiéndose por la noche a fotocopiar expedientes, a robarse documentos en las notarías, a sacar papeles de las oficinas de registro de instrumentos públicos. Hubo cuatro jueces que se dedicaron a ayudarme: “Tenga Fabio, tenga”; y yo: “Necesito un proceso que está en tal parte”, y a los tres días: “Tenga Fabio”. Fueron una cantidad de seres anónimos que trabajaron conmigo, y que siempre serán anónimos.

Dicen que cuando su libro se publicó, Pablo Escobar mandó a sus hombres a recogerlo de las calles, así como hizo con *El Espectador*; y que algunas partes de ese libro fueron cambiadas o que algunas hojas fueron arrancadas para que nadie leyera los nombres que aparecían allí...

Yo no conocí el libro en las calles. Después de la muerte de don Guillermo Cano me hicieron varias llamadas amenazantes y tuve que cambiar de residencia. Me ofrecieron escoltas y dije: “yo no acepto escoltas porque ellos lo venden a uno. Nadie sabe quién es su familia, quiénes son sus amigos, y anda con un escolta y en quince días le conocen sus rutinas, su papá, su mamá, sus hermanos, sus debilidades físicas y sexuales, de todo, por eso mejor ando solo”. Entonces me dijeron: “si usted no quiere irse del país la única posibilidad es que viva es en el peor sitio de Bogotá, donde nadie lo encuentre”. Y el “peor” sitio resultó ser la habitación 304 del Hotel Lucho, en la carrera novena con la calle 21, en plena zona roja del Centro de Bogotá, que por esos días se conocía como el barrio de las prostitutas. Yo llegaba por la noche y me saludaban las puticas: “Uyyy, llegó el bacán del barrio”. Y cuando llegaba con alguna amiga: “¡Quéee, como va acompañado ahora si no conoce!”, y más de una se devolvió berraca

(se ríe). En ese lugar nunca me pasó absolutamente nada, llegara como llegara, borrachito, en sano juicio, cuando salía a las cuatro de la tarde o a las cuatro de la mañana.

El libro se escribió en absoluto silencio, nadie conocía una línea, hasta que yo le conté a alguien, a un editor. Él me dio todas las indicaciones: "El tamaño es este, ningún capítulo de más de tantas páginas, ningún precio por encima de tanto", o sea, me aconsejó todo. Terminé el libro y los primeros veinticinco ejemplares fueron numerados. Si ves un número en un libro del 01 al 025 entonces puedes decir que es uno de los cómplices de Fabio. Pero resulta que este tipo fotocopió una página y la repartió por fax, y antes de que el libro saliera a las librerías yo ya tenía amenazas de muerte concretas. "¿Pero cómo es posible?", me preguntaba, y no había sino una explicación: el editor trabajaba para la mafia.

¿O sea que la mafia sabía todo?

No porque yo solo le entregué la copia cuando el libro ya estaba impreso. Pero eso se iba a repartir una semana más tarde. Cuando llamó a *El Espectador* el general Miguel Maza Márquez: "Juan Guillermo Cano, acaban de salir dos grupos de sicarios de Medellín y de Cali para matar a Fabio Castillo. No puedo parar esa vaina, no sabemos quiénes son, pero lo van a matar. Necesito hablar con él, ¿dónde está?"; "jm, nadie sabe dónde está". Entonces se fue el general para *El Espectador* y les contó cómo era la operación que me tenían montada los del Cartel. Luego me llamó Juan Guillermo y me dijo: "Fabio, no hay nada que hacer" (le carraspea la voz).

¿Qué hizo cuando supo eso?

Convoqué a mi comité de crisis compuesto por diez amigos a una "junta de seguridad". El plan era que desde una finca de la sabana, a cierta hora del día, los tres carros saldrían en direcciones opuestas y yo iría escondido en la cajuela de uno de los tres. Y así, metido en esa cajuela, llegué hasta Quito. Meses antes un amigo entrañable, del que ya puedo dar el nombre porque está muerto: Edgar Lenis Garrido, el entonces presidente de Avianca, me llamó y me dijo: "mijo, yo no lo dejo matar a usted", me entregó un paquete de diez pasajes internacionales, todos en blanco, y me dio las instrucciones: "Usted llénelo, eso tiene mi firma. No tiene que pagar un peso, váyase para donde quiera. Pero eso sí, no

me cuente". Con esos pasajes en Quito cogí un avión hacia Miami. Llegué a la casa de un colega del *Miami Herald*, Guy Gugliotta, y le conté todo. Como a los dos días de estar allí llamé a Edgar Lenis y él me dijo: "Sí, ya supe que le tocó irse, ¿dónde está?"; "pues aquí en su oficina en Miami"; "llego mañana a las nueve de la mañana". Cuando nos vimos me dijo: "Esto es más peligroso que Colombia, usted no se puede quedar aquí. Puede que le ofrezcan trabajo pero lo matan mijo, váyase". Hablé con Guy, que ya me había ofrecido trabajar en el *Nuevo Herald*, y me llevó hasta la terminal de Greyhound donde tomé un bus con destino a Nueva York. Allí me quedé una noche, cambié de pasaje, cambié de pasaporte, cambié de nombre, de todo, de cara si no (se ríe), y me fui a Madrid.

La familia Cano me había dado mis cesantías cuando salí de Colombia: un billete de veinte dólares. Con eso y tres dólares más llegué a Madrid. No estaba entre mis planes pedir asilo porque iban a decir que ese país me había pagado por escribir el libro; entonces la única opción que tenía era valerme por mí mismo. En Madrid me hospedé en el hostel más barato que encontré, el Cantabria, a cien metros de la Puerta del Sol. Desde allí llamé a un gran amigo,

un monstruo absolutamente admirable y maravilloso que se llama Antonio Caballero, y me dijo: "uy, no sea loco, usted qué hace aquí. Nos vemos en el café Jijón"; ¿en el café agujijón? Yo no sabía ni qué era esa vaina. Nos vimos y conversamos: "¿qué va a hacer?"; "pues, trabajar, no he hecho otra cosa en mi vida"; "vaya a *Cambio 16* a ver qué". Antonio habló con el dueño, Juan Tomás de Salas, y el hombre se animó pero para una entrevista, y yo les dije qué cuál entrevista si lo que necesitaba era plata. "Y a usted qué tema sobre España se le ocurre", me dijo; "pues yo si tengo un tema: los amigos españoles de la mafia colombiana"; "si lo logra es portada, ¿cuánto me cobra por eso?"; "diez mil dólares"; "listo". En mi puta vida me había ganado esa plata, y ni siquiera me lo hubiera imaginado.

El día que Juan Tomás de Salas me entregó los diez mil dólares en efectivo me fui donde siempre iba a tomarme mi copa de vino, pero esa noche llegué a pedir más de una copa. Salí borrachito para mi hostel cuando me agarró un tipo por detrás y otro me puso un cuchillo

por delante: "¡deme la blanca!" (gritando); "¿la qué?"; "el parné"; "usted de qué me está hablando hermano, hableme en español"; "¿usted de dónde es?"; "de Colombia"; "pues te estoy atracando, tío"; "no sean jijueputas hermano, yo llevo toda mi vida ahorrando para llegar a España, el país que nos ha robado durante quinientos años, y luego y al único al que van a atracar es al colombiano (suelta una carcajada); vayan atraquen a un español, no me jodan", y los manes empezaron a reírse y terminamos sentados en la calle, ellos gastándose cerveza a mí.

¿Y qué pasó con esa publicación de *Cambio 16*?

Dos semanas después de la publicación llegué al hostel y la señora me entregó un sobre que decía "Para Fabio Castillo", y le dije: "yo no soy ese"; "pues si chaval, ese eres porque me dieron la descripción". Cuando lo abrí, era una bala dum-dum.

Ese sobre fue una amenaza directa. ¿Le toca irse de nuevo?

Desde que salí de Colombia mi vida era como la de un caracol: tenía un morral donde cabían todas mis pertenencias. Así que me puse la casa en la espalda y me dirigí al aeropuerto de Barrajas a coger el primer avión que saliera, y ese avión iba para París. Llegué a pedirle trabajo a un amigo que estaba de corresponsal en *Le Monde Diplomatique* y me preguntó: "¿Usted habla francés?"; "pues yo estaba convencido de que hablaba francés hasta antes de llegar a Francia; pero la verdad es que yo no les entiendo ni mierda de lo que me dicen" (se ríe). Y es que como había estudiado Filología e Idiomas en la Universidad Libre, estaba convencido de que ellos me habían enseñado, pero me engañaron (se ríe). En todo caso, en *Le Monde* hice un tema sobre los paraísos fiscales que hay en Europa, porque sin esos paraísos Colombia no tendría el problema del narcotráfico. A los días me dijeron que se iba a crear *El Mundo* en Madrid, que me estaban buscando para entrenar a un equipo para hacer investigaciones, y fueron apareciendo otras diez mil cosas. Así de medio en medio fui sobreviviendo.

¿Y así cuántos años pasaron?

Seis años. Después de *Le Monde* estudié fotografía. Estuve en la caída del muro de Berlín, y como yo el único muro que conocía era la canción de Pink Floyd, me fui a recorrerlo. Caminando me topé con un poco de chinos chiquitos corriendo porque los perseguían unos soldados con perros. Eran vietnamitas que vivían en la Alemania comunista y no los dejaban pasar a la Alemania capitalista porque los tenían que aceptar como asilados. Mi investigación fotográfica fue "El muro no cayó para todos", una página completa en *El País* de Madrid, y cinco mil dólares. Mucho después la Fundación Reuters me dio una beca para estudiar ciencia del caos y periodismo en Oxford. Hasta que regresé a Colombia. Eso fue una semana antes de que mataran a Pablo Escobar.

Cuando lo mataron llegué a *El Espectador* todo el mundo me dijo: "usted sabía, usted se devolvió por eso, usted lo mató" (se ríe).

¿Y por qué regresó?

Porque se me habían acabado las posibilidades. Había vivido en Haití, trabajé con Naciones Unidas en una misión de protección de libertad de expresión de los haitianos hasta que nos expulsó Raúl Cedras, el dictador. Llegué a Panamá, me comí una bandeja paisa, llamé a Juan Guillermo Cano y le dije: "Yo me devuelvo hermano"; "Fabio por favor, quédese allá que nosotros estamos muy tranquilos así" (se ríe).

¿Se puede saber cuál fue el nombre con el que vivió en el exilio?

Manuel Carreras. Manuel por Manuel Gaona Cruz, que era para mí un faro político y personal; y Carreras porque era corra pa'arriba y pa'abajo (se ríe).

Salir corriendo hacia el primer avión que sale para ninguna parte, esconderse durante semanas, vivir lejos de su familia... ¿Por qué arriesgó tanto?

Por un salario de 150 dólares, por amor a mi profesión, por la verdad histórica, pero ante todo porque los colombianos podían alegar cualquier cosa frente a los debates de los narcotraficantes, pero no sobre sus historias tenebrosas de crímenes y asesinatos.

¿Usted se siente relegado de la historia del periodismo?

La historia es una arpa contada por los vencedores, y hasta ahora la historia de la mafia la van ganando los mafiosos y sus asistentes políticos, económicos y sociales. Pero la historia no se escribe hoy, se escribe dentro de veinte o treinta años. Y ese juicio será hecho por otras personas, con mejor perspectiva, menos intereses y más preocupados por cómo Colombia se dejó desmembrar por la geopolítica estadounidense de esta última década.

¿Y en qué ha estado trabajando en la última década?

Si alguna persona o un periodista viene a Colombia a trabajar un tema de alguna empresa me contratan para tenerle a esa persona un dossier completo y así esa persona no tiene sino que llegar con la seguridad de que hay una documentación absolutamente fiable y transparente, como si la hubiera conseguido él de primera mano. Y también hago investigaciones propias, escribo libros, lo que se pueda hacer.

¿Y sobre qué está escribiendo ahora?

No se puede saber.

¿Por qué?

Porque me matan.

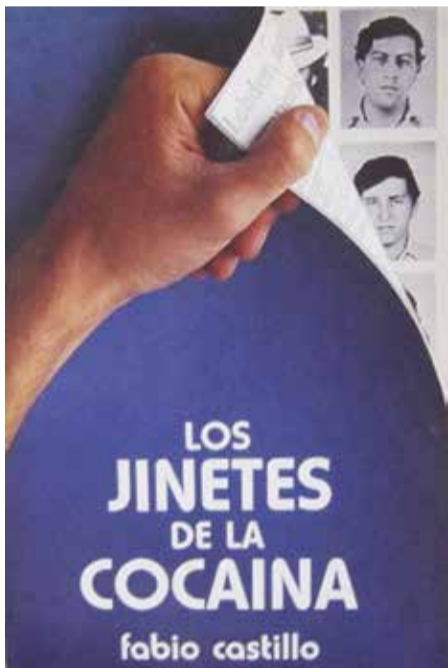
¿Alguna vez se ha dejado tomar una fotografía?

No.

¿Por qué?

Porque ese es mi seguro de vida. ☪

*Esta es una versión de la entrevista que hace parte del trabajo de grado de la autora: *Cuando perdimos la inocencia. Testimonios de periodismo investigativo en Colombia*.



Fractal Teatro presenta:
La Orgía
 Del 1 de Mayo a 14 de Junio. 8PM
 (De miércoles a sábado)
 Tel: 239 81 25
 www.fractalteatro.com





POSGRADOS

EN LAS ÁREAS DE HUMANIDADES, CIENCIAS SOCIALES Y DERECHO

- › Doctorado en Humanidades
SNIES 101312
- › Maestría en Estudios Humanísticos
SNIES 53502
- › Maestría en Gobierno y Políticas Públicas
SNIES 102382
- › Especialización en Comunicación Política
SNIES 53664

Conozca nuestra oferta en:
www.eafit.edu.co

POSGRADOS 

EAFIT EN COLOMBIA

Programas propios y en convenio nacional e internacional
Línea de atención al usuario: (4) 4489500

Medellín | Llanogrande | Bogotá | Pereira

Línea gratuita nacional 01 8000 515 900
posgrados@eafit.edu.co

Hoy y mañana contigo

- Construimos • Logramos • Cuidamos
- Disfrutamos • Aprendemos




SUPERINTENDENCIA
DEL SUBSIDIO FAMILIAR

VIGILADO

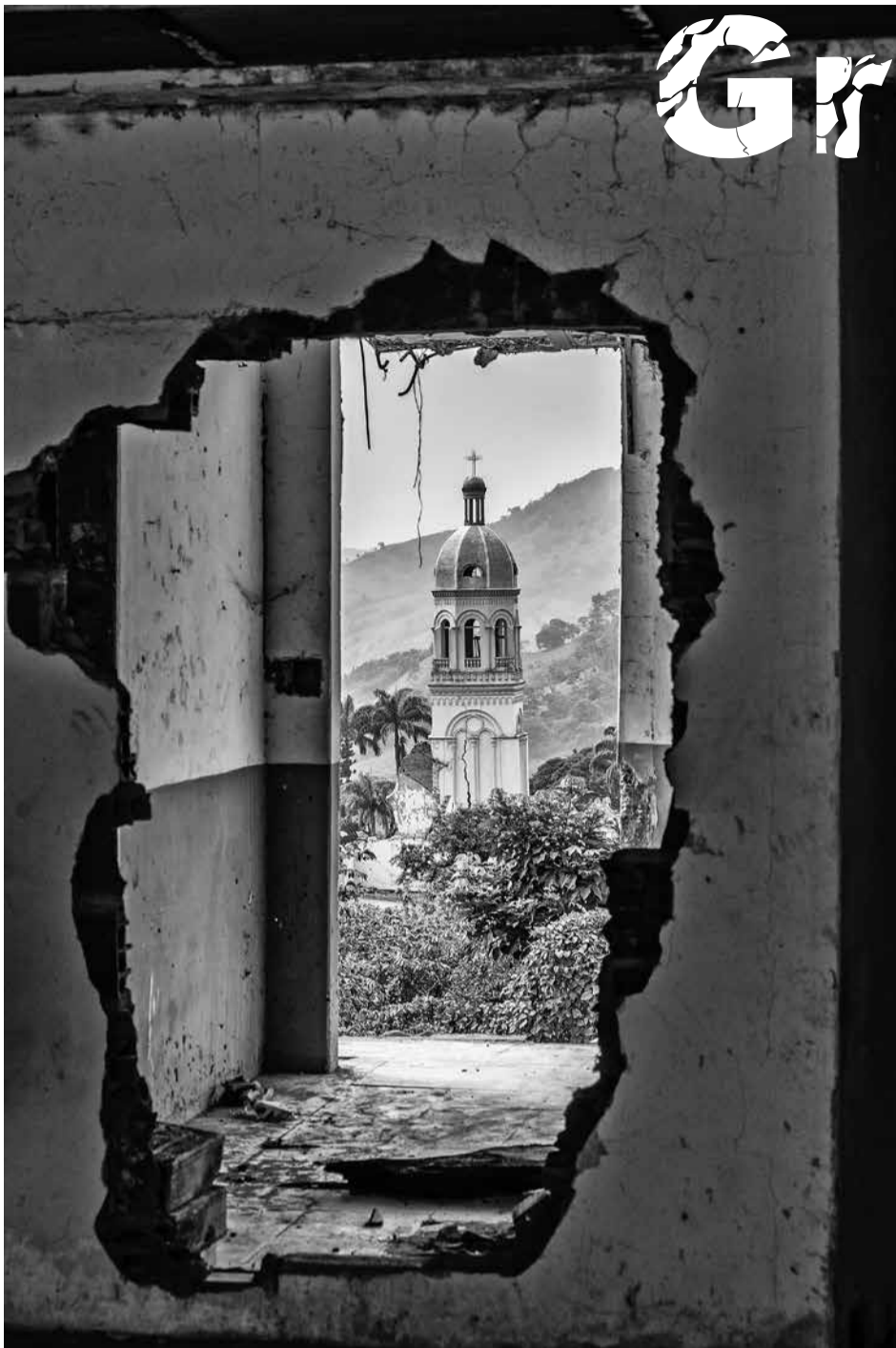
Informes 444 71 10
comfenalcoantioquia.com


Comfenalco
ANTIOQUIA

Gramalote


Fotografías de Gabriel Rojas

www.gabrielrojas.co



La ruina, el desastre, sea provocado por los elementos incontrolables de la naturaleza o por la mano devastadora del hombre, es algo que define nuestros paisajes urbanos y naturales. Las ciudades muestran una ruina muy poco romántica mientras el paisaje, aunque esté devastado, siempre tiene una connotación de belleza extraña.

Rosa Olivares.

Gramalote está ubicado en Norte de Santander. El 17 de diciembre de 2010, un fenómeno natural provocado por el fuerte invierno y el movimiento de una falla geológica sacudió el pueblo hasta dejarlo inservible. Más de dos mil personas quedaron damnificadas. La Lomita es el lugar donde se plantan las nuevas esperanzas; el comercio incipiente de pequeñas tiendas de café, yuca, arracacha y hortalizas hace parte del movimiento. Con vista al desastre. 



UNA SOLEDAD RUIDOSA

por JUAN DIEGO CABALLERO

Ilustración: Hernán Franco Higueta

La nación checa nunca se entra por una gran puerta. Según una de sus leyendas, la princesa Libuše soñó con una gran ciudad de nombre Praha, que se levantaría en un lugar en el bosque donde un colono construía un pequeño dintel de madera. En el idioma checo la palabra *práh* significa dintel.

Mil años después, la mejor forma de entrar a la República Checa sigue siendo tan simple como en aquella leyenda: cruzar pequeños dinteles que demarcan puertas sin pretensión aparente, y que a través de estrechas escaleras llevan a las entrañas de la tierra y conducen a las tabernas. La taberna, *hospoda* para los checos, no es un simple lugar de ocio de fin de semana, es parte de la cultura y la rutina diaria. A la taberna se va a celebrar o a olvidar, en medio de la alegría del verano, la esperanza de la primavera, la melancolía del otoño o la depresión del invierno.

A diferencia de los cafés y las vineñas, las tabernas conservan su espíritu original casi inmunes a los avances de la modernidad; se construyen en subterráneos o a ras de tierra, alejadas de la pompa y la vista de los pisos altos y las fachadas lujosas.

La decoración de las tabernas es más o menos uniforme en todo el territorio de la antigua Checoslovaquia, desde la capital Praga, ciudad testigo de todos los movimientos arquitectónicos desde la Edad Media, hasta un pequeño poblado que no existiría de no ser por una decisión administrativa de construir una parada del tren. Las mesas son de madera rústica, con la geometría estrictamente rectangular que expone al escarnio a los solitarios o invita la compañía de temerarios; generalmente bancas largas y toscas, y en muy pocos casos puestos de cabecera que sugieran alguna jerarquía. Una barra con bancos lánguidos, ocupada por los eternos visitantes que se han dado sus mañas para sobrevivir en medio de una ebriedad silenciosa, enmarca los sifones de cerveza. Sus habituales levantan la mirada ante cada nuevo visitante, a quien tal vez no han visto de forma regular en los últimos quince años, y observan lentamente de arriba abajo sin mover un solo músculo de la cara. El ambiente es lóbrego y por el humo del cigarrillo se cuele el brillo dorado de los sifones y la cerveza que parece brotar de las profundidades. La colección de sifones va desde los modernos, elaborados en porcelana o aluminio, hasta los que son verdaderas piezas de colección *Art Nouveau*; recuerdos de la época dorada de entreguerras, un periodo muy corto donde los checos fueron una potencia industrial de gente libre, tiempo que cada ciudadano guarda como ejemplo de la grandeza de su nación.

Los sifones son extranjeros a los que se les permitió entrar en las tabernas y entregar una particularidad de tiempo y lugar, y son ellos quienes pueden determinar cuando se fundó una taberna.

Otros elementos han entrado por la fuerza a hacer parte de la decoración: afiches de propaganda; advertencias y prohibiciones de charlas políticas que hoy en día aportan la cuota de humor negro predilecto de los checos; y

afiches sobrios de las cervecerías que adornan las paredes cubiertas con madera y los arcos de piedra, y lograron pasar de agache frente al asalto del totalitarismo que tiene en su receta acabar con toda diferenciación.

La taberna es tal vez la mejor expresión del sentido de la democracia checa, un espíritu donde cada persona es solo sus emociones e historias. Al lado del presidente se sienta un trabajador raso y un escritor famoso y todos beben la misma bebida: cerveza. El respeto de la manada se gana a medida que el alcohol exorciza demonios y prevenciones; en un ritual que se repite en cada encuentro y cada noche inicia desde cero, el ardid y las historias grotescas son los protagonistas que determinan la atención de la audiencia.

Para los checos la cerveza debe ser estrictamente agua, lúpulo y una malta; las variaciones se deben dar por las características locales de estos ingredientes, como los minerales disueltos en las aguas subterráneas; o por las temperaturas y tiempos de cocción.

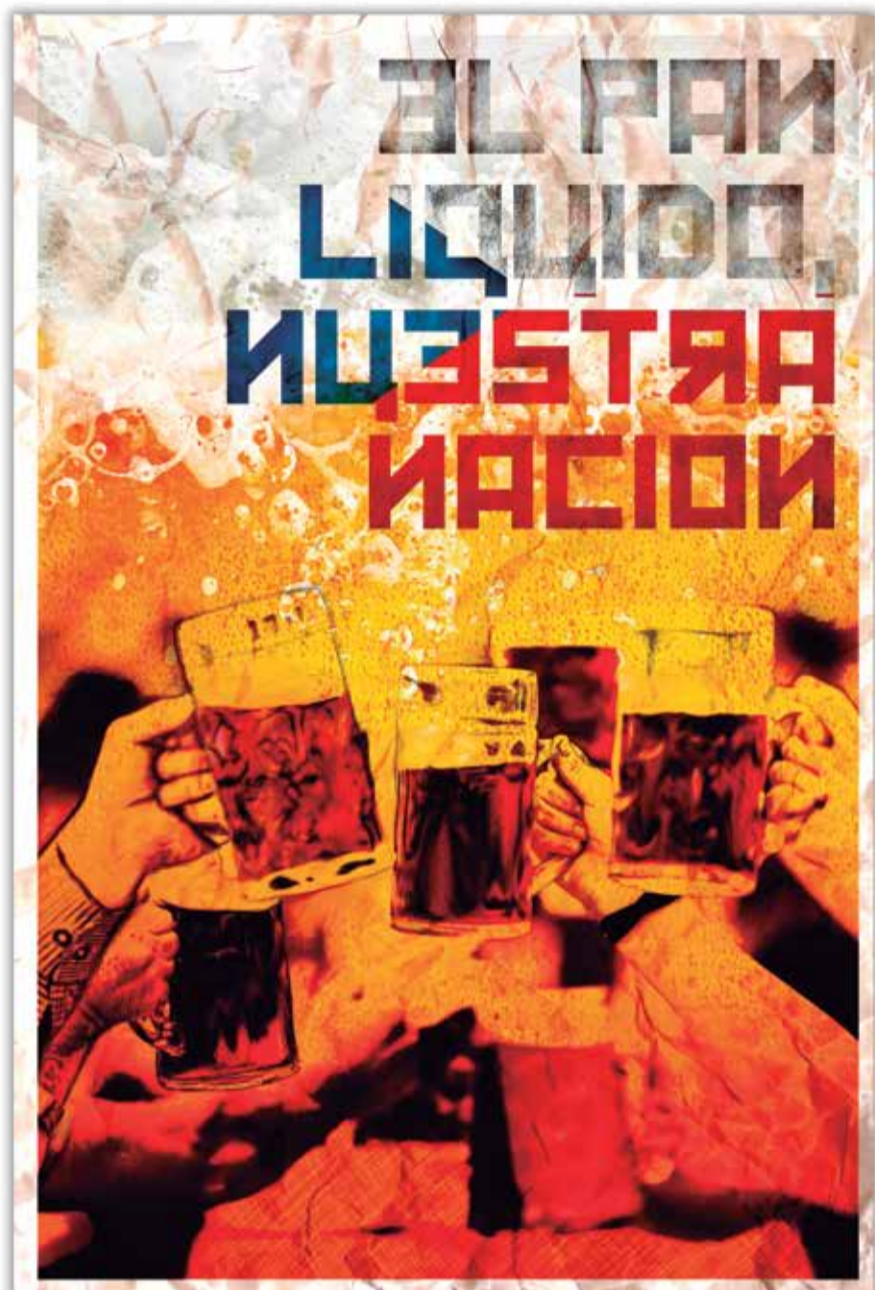
La cerveza se cocina, no se prepara. La destreza del cantinero se pone a prueba a medida que los barriles y tanques se agotan y él debe equilibrar la relación de aire y líquido mientras inclina el vaso de cristal, de tal forma que queden en la proporción estrictamente adecuada y el vaso se vea rebosante, siempre por encima de la marca protuberante del cristal, a riesgo de ser devuelto y cambiado.

La cerveza se bebe una tras otra sin necesidad de ser solicitada; un vaso vacío es señal suficiente para el buen mesero. Al momento de brindar se sigue un mínimo ritual de hidalguía. Se toma la cerveza con la misma mano que se tomaría un arma y mirando directamente a los ojos de la contraparte, bajo el pretexto de evitar un ataque armado o percibir las emociones de quien podría estar invitando a un veneno, se desea la salud, *na zdraví*.

En la República Checa se pronuncia la frase *tekutý chléb národa našeho*, en referencia a la cerveza: "el pan líquido, nuestra nación", diría en español. Para los checos la cerveza es el pan y este se encuentra en las tabernas.

Eternos de las tabernas

El pasado 27 de marzo se cumplieron cien años del nacimiento del escritor checo Bohumil Hrabal, uno de los personajes eternos de las tabernas praguenses. Usaba sus mesas no solo como escenario de sus libros sino como fuente de inspiración literaria. Oía historias y mentiras de borrachos y de cualquier Don Corriente que se le sentara al lado. Para Hrabal la taberna no era simplemente una soledad muy ruidosa, sino donde la cerveza se hace presente y pone la lengua en movimiento; el lugar donde vive el espíritu del tiempo, el *zeit der geist* hegeliano, donde verdaderamente se crean las leyendas dando vueltas sobre sí mismas, redondeándose en medio de la euforia y el ego machista que las juzga y critica en espera de superarlas y mejorarlas en la siguiente tanda. La taberna predilecta de Hrabal se encuentra a pocas cuadras del Puente de Carlos, en la ca-



lle Husova 228, donde luce el nombre U Zlatého Tygra (Donde el Tigre Dorado). También se sabe que Hrabal frecuentaba U Pinkasů, donde compartía sus libros prohibidos por el totalitarismo en impresiones baratas o a mano, en una práctica que en el bloque soviético se conoció como *samizdat*.

Otro eterno de las tabernas fue el escritor Jaroslav Hašek, autor de *Las aventuras del buen soldado Švejk*, algo así como 'El Quijote' del idioma checo. En las anécdotas se cuenta que Hašek entraba a las tabernas y comía, bebía e invitaba a algunos amigos y desconocidos hasta que le alcanzaba el dinero. Luego, con sed y hambre, pedía al cantinero papel y lápiz, y escribía sin parar. Al acabar enviaba a algún joven que fuera de carrera a llevarlo a su editor, Synek, quien de vuelta le enviaba algún dinero, solo el justo con el que volvería a repetir sus faenas. Esta anécdota es otra más de las que se pasean en las tabernas praguenses y que más tarde fue escrita por el nobel checo, el poeta Jaroslav Seifert, en sus memorias tituladas *Todas las bellezas del mundo*. Seifert conocía las anécdotas ya que fue parte de ellas en primera persona y se hizo en las cantinas cambiando sus poemas por la generosidad de algún personaje grotesco que estuviera dispuesto a invitarle una cerveza helada.

En la Praga actual las tabernas famosas se han convertido en sitios turísticos, y aunque dignos de visita por su

decoración intacta y su exquisita cerveza, han perdido algo del atractivo original que se encontraba en el espíritu de los visitantes. Además cobran precios superiores a los de las tabernas anónimas por la misma jarra de cerveza. El turismo sólo busca emociones positivas y estas se embuten y ofrecen humeanes como salchichas en cada puerta. Por esto conviene aventurarse en una taberna oculta, y como nos ha pasado a varios al cabo de uno años, hallarse hablando en idioma checo en la barra. ©

En la calle Křemencova 11 de Praga, frente a la isla Slovanský, se encuentra la taberna U Fleků (cerveza negra, precios altos, buena) en operación desde 1499, tan solo siete años después del descubrimiento de América. Desde entonces la taberna no ha parado de servir cerveza mientras por su puerta han pasado el tifus, dos guerras mundiales, la ocupación alemana y las orugas de los tanques soviéticos.



II Muestra de video y experimental
de Medellín, Colombia y Latinoamérica



Organiza:
cinéfangos.net

Invitan:
ColomboAmericano
Medellin

MUSEO DE ARTE MODERNO
parque explora
MEDELLIN



12 a 16 de Mayo

Conferencias - Laboratorios - Retrospectivas

Lugar: Centro Colombo Americano - MAMM - Parque Explora

Ciclo En Escena:
Nueva sala interactiva Explora

parque
explora

Néstor García Canclini

Jóvenes creativos en las ciudades y las redes

La Sala En Escena, dedicada a las historias y a los medios que nos han permitido contarlas, invita a la conferencia del investigador Néstor García Canclini, autor de "Culturas híbridas" y otros textos que le han merecido reconocimiento internacional. Entre ellos: "Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales", "Jóvenes creativos: estrategias y redes culturales".

Doctor en filosofía, premio beca Guggenheim, premio Ensayo Casa de las Américas y Book Award de la Asociación de Estudios Latinoamericanos. Actualmente orienta sus investigaciones a las relaciones entre estética, arte, antropología, estrategias creativas y redes culturales de los jóvenes.

Miércoles
7 de mayo
6:30 pm
Parque Explora
Entrada libre

une

Medellín
todos por la vida



Alcaldía de Medellín